MARQUES DE LOZOYA

SANTIAGO APOSTOL

BIBLIOTECA NUEVA

LIBRARY OF PRINCETON

AUG 2 4 2009

THEOLOGICAL SEMINARY

BS2453 .L6 1965
Lozoya, Juan Contreras y
Lspez de
Ayala, marquis de, 1893-
Santiago apsstol, patrsn de
las
Espaqas /

SANTIAGO APOSTOL

PATRON DE LAS ESPAÑAS

ES PROPIEDAD
Queda hecho el depósito
que marca la ley.

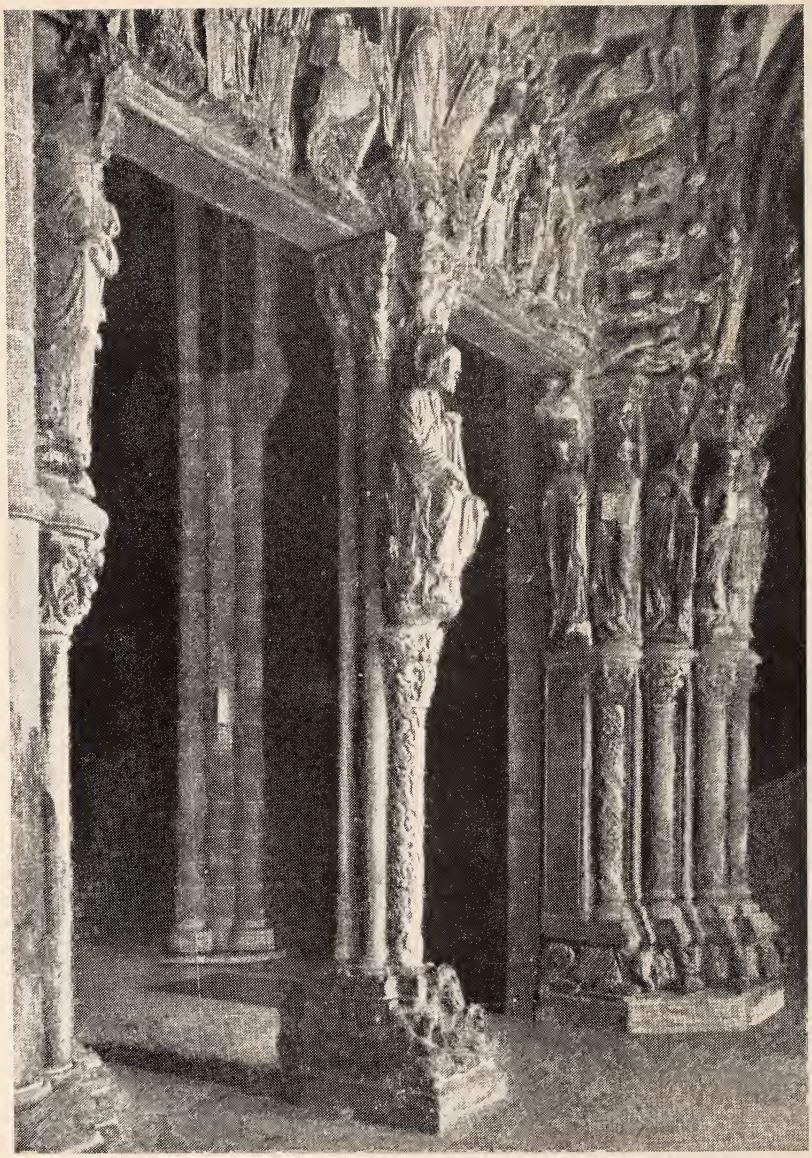
Registro número 1808/65

Depósito legal: M. 5.615 - 1965

Gráfica Clemares - Orellana, 7 - Madrid - 4

Digitized by the Internet Archive
in 2014

https://archive.org/details/santiagoapostolp00lozo



Pórtico de la Gloria. Catedral de Santiago de Compostela.

JUAN DE CONTRERAS
MARQUES DE LOZOYA

SANTIAGO APOSTOL

PATRON DE LAS ESPAÑAS

(2.ª edición)

BIBLIOTECA NUEVA
ALMAGRO, 38 - MADRID - 4
1965

NIHIL OBSTAT.
El Censor:
Cecilio Santiago.
Madrid, 14 de mayo de 1940.

IMPRÍMASE.
El Vicario General:
Dr. Manuel Rubio.

INDICE

Págs.

I.—Santiago en la historia sacra 7
II.—Campo de sementera 15
III.—El sembrador 23
IV.—Santa María del Pilar 31
V.—La leyenda del Santo Enterramiento ... 43
VI.—Compostela 53
VII.—La romería 69
VIII.—El camino francés 79
IX.—¡Santiago y cierra España! 91
X.—La Orden de Caballería del Señor Santiago 105
XI.—Santiago en Indias 119
XII.—La huella del Apóstol 133
Epílogo 149
Apéndice: Las polémicas sobre Santiago 155

El describir los extraordinarios cauces por donde la figura de Santiago, primo y amigo del Señor, viene a llenar la historia de este lugar apartado de la tierra, tan lejano del país que presenció su nacimiento y su vocación apostólica, constituye el objeto de este libro. El nombre del pescador de Galilea es el grito de guerra de los españoles en todas sus grandes crisis históricas. Su tumba fue la piedra sobre la cual se asentaron, no solamente nuestra Cristiandad, sino también nuestra cultura, que iba surgiendo a lo largo del camino de las peregrinaciones en una larga estela de monasterios y de hospitales, de iglesias y de puentes. La sombra ingente del Apóstol ponía esfuerzo a los reconquistadores de las Extremaduras y de Andalucía, a los soldados de Italia y de

Flandes, de las Indias Nuevas y del extremo oriente. El Apóstol Santiago es el padre, el defensor y el animador de las Españas. En este escrito vamos a prescindir del todo de las áridas exigencias de la crítica histórica. Nada inventaremos, sin embargo, de nuestra parte. Nuestro guía será la tradición; tradición tan vieja que se inicia en los más venerables Padres de la Iglesia hispana y tan popular que ya el Arzobispo don Rodrigo, en los albores del siglo XIII, asegura haberla oído en su infancia "a ciertas monjas y viudas piadosas"; tan constante y extendida, que está en las piedras de nuestras catedrales, y en los más viejos retablos, de figuras brillantes como esmaltes sobre fondos dorados, en la labor humilde de azabacheros, orfebres y bordadores, en la prosa de nuestros cronistas y en el verso de nuestros dramaturgos. Quédese para otros averiguar lo que haya en ella de verdad estricta y confronten códices y lápidas; los que no se sientan con alientos para ello, consulten, a lo menos, las obras de Menéndez Pelayo, de García Villada, de López Ferreiro y de otros autores en que se resume la polémica sobre cada uno de los pormenores narrados en

este libro. Nuestra labor es más fácil. Queremos presentar al Apóstol Santiago tal como le ha concebido el pueblo español a través de los siglos, en la forma en que ha venido a ser nervio e inspirador de la misión histórica de toda nuestra raza.

Lo que de Jacobo (Sant Jacob-Santiago-San Diego) llamado "el Mayor" ciertamente sabemos, nos lo dan los Evangelios y los Hechos de los Apóstoles. Era hijo de un hombre avecindado a las orillas del mar de Tiberiades, llamado Zebedeo, de oficio pescador (persona, a lo que parece, acomodada), y de una mujer, Salomé de nombre, tan ambiciosa que fue a ver al Señor para que a él y a su otro hijo Juan les diese los primeros lugares en su Reino, que aun creía terrenal. Una antigua tradición hace a la familia natural de Jaffa, donde aún se señala su solar. San Jerónimo afirma que era de noble linaje, y parece denotar cierta categoría social la libertad que Juan tenía para penetrar en los aposentos del Pontífice, y alguna holgura económica, el hecho de tener jornaleros a su servicio. Eran parientes, no sabemos en qué grado, de Nuestro Señor. El curso de la vida de ambos hermanos debiera de haber sido el dejar correr

sus días en las tranquilas márgenes del lago, sin otros accidentes que una pesca afortunada o los riesgos corridos en una tempestad, y hundirse luego en la fosa anónima en que se sumen los más de los nacidos, cuyos nombres sólo Dios conoce. Pero un día, cuando, descuidados, estaban con su padre en la barca remendando las redes, pasó por allí el Señor Jesucristo, entonces en los comienzos de su predicación. Ellos le siguieron, arrancándose de su amada tarea cotidiana, hacia un porvenir de trabajos, de miserias y de martirios, coronado por una gloria, aun en lo humano, incomparable. El Maestro les amó con sigular predilección, sin duda porque le placía aquel su temperamento ardiente, que no titubeaba cuando se les ofrecía un cáliz de dolor para apurar y aquel celo de la gloria de Dios que les valió el nombre de "Hijos del Trueno" (Boanerges). Santiago el Mayor figura siempre en aquella breve selección de "íntimos" de Cristo a quienes el Maestro escoge para que sean testigos de los más estupendos prodigios y de los más recónditos misterios. A Pedro, Santiago y Juan llamó para que presenciasen la resurrección de la hija de Jairo; con Pedro y con Juan, Santiago asiste a aquel atis-

bo de la gloria, a la Transfiguración del Tabor, y a estos mismos tres elegidos convocó, en tanto los demás dormían, para que contemplasen el abismo de sus dolores en la Agonía de Getsemaní.

Después de la Ascensión hay un período sobre el cual nada dicen los Libros Santos; un espacio de doce o catorce años, que termina con su martirio, consignado sencillamente en estas palabras de las *Actas de los Apóstoles:* "Y en el mismo tiempo el Rey Herodes echó mano a algunos de la Iglesia para maltratarlos, y mató a cuchillo a Santiago, hermano de Juan". El amigo del Señor, el hijo de Zebedeo, el pescador de Tiberiades, fue el primero entre los Apóstoles en sellar con la sangre su fe en la doctrina del Maestro.

Cuenta Eusebio de Cesarea, que dice tomarlo de San Clemente Alejandrino, que un escriba llamado Josias, que había sido, con sus denuncias, causante de la condenación del Apóstol, como le viese, camino del suplicio, sanar a un paralítico, le pidió perdón, y confesándose cristiano, tuvo la dicha de recibir con él el martirio. Sobre el lugar de este suceso, en el extremo sur de la ciudad de Jerusalem, se le-

vanta hoy un templo suntuoso, en poder de los armenios cismáticos.

En estos años oscuros, que corren entre el 30 de nuestra era, en que Nuestro Señor subió a los Cielos, y el del martirio de su discípulo, que parece probable fuese el 44, la tradición hispánica, más que milenaria, coloca las suaves historias del comienzo de la evangelización de España. No vamos en este libro a intentar crítica ni a consignar controversias, sino, sencillamente, a narrar esta viejísima y venerable tradición, tal como la creían nuestros abuelos y la creemos los más de los españoles, con toda su poderosa virtualidad, que ha hecho de ella uno de los pilares sobre los cuales se asienta firmemente la Patria española.

II

CAMPO DE SEMENTERA

En el siglo I de Jesucristo, España (*Hispania*) no era ya el país remoto y desconocido, el confín del occidente sobre el cual tan bellas leyendas contaban griegos y fenicios. Era una porción del Imperio que rápidamente abandonaba su constitución genuina para asimliarse el patrón de vida que Roma imponía a todo el mundo conquistado por ella. Dividida estaba en tres provincias, de las cuales una, la Bética, dependía del Senado, y otras, la Tarraconense y la Lusitania, del Emperador. Para la administración de la Justicia se dividían estas provincias en *Conventus Iuridici,* o departamentos judiciales (cuatro en la Bética, tres en Lusitania y siete en la Tarraconense). Diversas legiones sujetaban estas tierras, antes tan levantiscas, y para establecer la comunicación con la

cabeza del Imperio se tendió por todas partes una red de caminos, con sus puentes y calzadas. Muchas eran las ciudades en que se vivía una vida parecida a las de las de Italia. En ellas acudían los ciudadanos en busca de noticias a los pórticos del foro, se congregaban en las termas o en circos, teatros y anfiteatros para apasionarse con los mismos espectáculos que enloquecían a la gente romana. Las viviendas de los ricos eran semejantes a las de los patricios de orillas del Tíber, y los campos todos de España, los fértiles llanos de Andalucía, las vegas de Levante, las estepas de Castilla, hasta las montañas de Aragón y de Navarra, iban floreciendo en villas o explotaciones rurales, con espléndidos pavimentos de mosaico en sus dependencias y todo aquello que es preciso para hacer bella y grata la vida. Era esta Hispania una de las más ricas comarcas del Imperio. He aquí cómo describe un geógrafo contemporáneo, Estrabón, a la pingüe Andalucía baja: "Tiene más de doscientas ciudades, estando las más importantes situadas al borde de los ríos o junto al mar o las ensenadas, en condiciones muy propias para el comercio. Toda la Turdetiana es extraordinariamente rica y abun-

dante en todo género de productos, cuyo valor se acrecienta por la facilidad de llevarlos a los mercados extranjeros por vía fluvial y marítima. De allí se exporta trigo en gran abundancia; aceite no en mucha cantidad, pero muy bueno; cera, miel, púrpura y minio, no inferior al de Sinope; lana en cantidad mayor que la de los larasios, y tan hermosa que se llega a pagar por cada carnero un talento. Hay una abundancia enorme de rebaños de toda especie y de caza". Estrabón y otros escritores ponderan la maravillosa riqueza del subsuelo español en toda suerte de metales y las pesquerías inagotables del litoral. Hay sobre España una "leyenda áurea" de origen púnico o grecorromano que antecede a la de San Isidoro y Alfonso X. España enviaba a Roma tanto trigo, vino y aceite que de los vestigios de las vasijas que contenían estas materias se formó un montecillo —el Testaccio— junto al Tíber. Comenzaba ya entonces a situar en la metrópoli a varones de lucido ingenio como Higinio el bibliotecario, M. Porcio Latrón el orador y Annéo Séneca el retórico.

Si algo conservaba el pueblo hispánico que no hubiera recibido de Roma era la Religión,

pues el Imperio nunca fue intransigente con las creencias de los vencidos, y el panteón romano era tan amplio que en él cabían todos los dioses; perseveraron el culto a Neton, dios guerrero, o a Atecina, diosa infernal; a Endovellico, divinidad curandera, e infinidad de cultos y ritos populares que daban prestigio sagrado a las fuentes, a las montañas y a los ríos y perduraron muchos siglos, convertidos en supersticiones, en la subconsciencia de los campesinos. En las ciudades más cultas y romanizadas había penetrado el politeísmo grecorromano con todas sus poéticas invenciones. La inquietud hispánica, siempre en busca del más allá, recibía con avidez los misteriosos cultos del oriente; aun el de Astarté perduraba en las ciudades de la costa, de origen fenicio, Isis, la egipcia, y Mitra, el persa, intentaban satisfacer este hambre de eternidad de los hispánicos con la magia tenebrosa de sus ritos. En cambio, no parece que los peninsulares sintiesen gran entusiasmo por la Religión oficial, tan fría, y el culto de los Emperadores y el de Roma, la ciudad divinizada, no pasó apenas de la esfera de magistrados y curiales, que necesitaban estar a buenas con los poderes estatales. Una

gran sed de verdad había en este pueblo múltiple y diverso, profundamente religioso, que, en aquellas montañas en que se conservaba más puro, adoraba al Dios desconocido, al Alma del Mundo, animador invisible de la armonía del firmamento y de las maravillas de la vida sobre el haz de la tierra.

El mundo, insatisfecho, esperaba la aparición de algo nuevo, y esta inquietud divina, que se traduce en las églogas de Virgilio, era más viva y más punzante en Hispania, donde la preocupación por el hondo problema de la Eternidad es algo consustancial con la raza misma. He aquí cómo Menéndez Pelayo describe el ambiente de las ciudades hispánicas en el momento en que iba a oírse en ellas por primera vez la voz de los enviados del Señor: "Imaginémonos aquella Bética de los tiempos de Nerón, henchida de colonias y de municipios, agricultora e industriosa, ardiente y novelera, arrullada por el canto de sus poetas, amonestada por la severa voz de sus filósofos; paremos mientes en aquella vida brillante y externa que en Córdoba y en Hispalis remedaba las escenas de la Roma imperial, donde entonces daban la ley del gusto los hijos de la tierra turdetana, y nos

formaremos un concepto algo parecido al de aquella Atenas donde predicó San Pablo. Podemos restaurar mentalmente el *ágora* (aquí *foro*), donde acudía la multitud ansiosa de oir cosas nuevas, y atenta escuchaba la voz del sofista o del retórico griego, los embelecos o trapacerías del hechicero asirio o caldeo, los deslumbramientos y trampantojos del importador de cultos orientales". La mies blanqueaba ya desde los campos de la Turdetana hasta los de la Celtiberia, y de Cantabria hasta la remota Gallecia. En tanto, en Palestina, el segador a quien el Padre de Familias había encomendado aquella tarea, afilaba, sin temores ni impaciencias, su segur.

III

EL SEMBRADOR

No es la historia sino la anotación de algunos pasajes luminosos hundidos entre un mar de sombras insondables del cual emergen solamente algunos islotes. Lo ignoramos todo o casi todo; a menudo, aquellos pequeños detalles, aquellas nimias circunstancias que son el móvil y la explicación de los sucesos históricos. No sabemos cómo ni por qué Santiago fue el designado para evangelizar la remota España. Acaso en los largos coloquios de aquellos años de apostolado en que acompañó a su Maestro por los campos, las ciudades y los castillos de Palestina, se le indicó que fuese él quien certificase la verdad de aquellas palabras del salmo XVIII: *In omnem terram exivit sonus eorum, et in fines orbis terrae verba eorum.* Tal vez, como parece deducirse del texto de San Jerónimo, el colegio apostólico, congregado por el Espíritu Santo, se repartió la faz de la tierra,

y a unos correspondió la India, a otros la Iliria, la Judea a otros y a alguno España. Sabe Dios qué noticias o qué parentescos o amistades decidirían al "Hijo del Trueno" a tomar el camino de esta tierra lejana, en la cual había muchas colonias de judíos, en comunicación con el oriente. Aquel ambicioso "a lo divino" que se había atrevido a solicitar del Señor el primer lugar en su reino, aspiraría a la empresa más difícil y aventurada. Sin duda, el futuro Patrón de las Españas tenía algo del genio inquieto de los españoles. Según Orígenes, el Zebedeo y sus hijos no eran solamente pescadores, sino también *nautae,* navegantes. Empresa digna de un marinero era llegar a los mares ignotos del occidente, al *finis terrae,* a la última Tulé. Si el Evangelio había de ser predicado hasta el confín del mundo, mejor era plantar ya allí desde luego la bandera del Rey; después sería más fácil llenar vacíos y cubrir los huecos.

No era, ciertamente, imposible encontrar un navío que hiciese la ruta de España. Acaso lo hallaría en Jaffa, donde después sus discípulos embarcaron su cuerpo, o en Tiro, o en otro puerto de aquella costa. Naves fenicias venían todos los años a Cádiz en busca de púrpura, de

salazones y de metales; muchas doblaban el cabo de San Vicente para recoger el estaño del noroeste y el oro de los ríos gallegos; galeras griegas surcaban los distintos senos del Mediterráneo hasta llegar a Ampurias y Tarragona, donde recogían ganado, vino y aceite. Es posible que llevase consigo algún discípulo, según la costumbre apostólica. Ante sus ojos desfilarían aquellos puertos llenos de sol, deslumbradores de colorido y de movimiento en los que el mundo helénico y romano se ponía en contacto con el oriente; pero, para los egregios misioneros, no era todo aquello sino sombras fugaces y vanas escenografías, que ocultaban la terrible verdad: que ninguna de aquellas gentes conocía al verdadero Dios y que, jugando o riendo, cantando o agitándose, corrían a su condenación detrás de los embelecos diabólicos de Venus-Astarté y de Hércules-Melcart, de toda la teogonía griega entremezclada con los mitos de Egipto y de oriente. En las almas de los viajeros ardería el fuego insaciable de su vocación apostólica en su deseo de llevar el conocimiento y el amor de Cristo a todos los hombres de buena voluntad. Y, en las noches serenas de levante, en oración sobre la cubierta del navío,

contemplarían, surcando los cielos como la estela fosforescente de una nave invisible, la Vía Láctea, que del Apóstol había de tomar nombre, el caminito de Santiago, que marca las rutas de occidente; polvareda de estrellas, menos numerosas que las almas que, por oficio del Señor Santiago, llegarían a conocer y amar a Dios.

Tal vez —lo afirman graves autores— tocase por vez primera tierras hispánicas en Andalucía. De allí, la vía romana que enlazaba Itálica con Mérida llevaba, por Coimbra y Braga, al puerto de Iria, Padrón ahora, el más famoso de aquellas remotas costas. La tradición más venerable tiene a Padrón como un lugar tan santificado por el Apóstol, tan digno de ser visitado por los peregrinos como la misma ciudad compostelana:

quen vay a Santiago e non va a Padrón,
o faz romaria, ou non,

rezaba un cantar de romeros.

Los peregrinos, entre las rocas que se sumen en el río Sar; entre la espesa sombra de los castañares, en aquel paisaje rústico y apacible buscaban la huella del Apóstol. Allí, a media ladera de la montaña, hay una ermitilla, infinidad

de veces renovada, donde dicen que el Santo se retiraba a orar, y por devoción, muy principales personajes, españoles o extranjeros, se constituyeron en ermitaños, como aquella noble francesa, Alicia de Arcurio y Teresa Martiz, viuda de un rico banquero de Santiago, en el siglo XV. En una fuente que sale del altar hacia afuera "la más fría y delicada que yo vi en toda Galicia" (escribe Ambrosio de Morales), bebían y se lavaban los peregrinos en memoria del Santo Apóstol; más arriba, en unos peñascales cimeros, veneraban la peña que se abrió milagrosamente para dejar paso a Santiago, perseguido por gentiles. En otras peñas buscaba la devoción de los venidos de tan lejanas partes la marca del pie del Santo allí impresa, y la losa que le servía de lecho y la que utilizaba como púlpito para predicar la Buena Nueva. Tierra bendita era aquella de Padrón de Galicia, y así consta de una Santa Princesa, Isabel de Aragón, Reina de Portugal, que en 1336 se detuvo algunos días en recorrer uno por uno todos estos parajes. Era costumbre subir de rodillas las gradas cavadas en la peña rezando en cada una y pasar las peñas horadadas milagrosamente; aquellos agujeros que según

cuentan las viejas en Galicia se han de pasar en vida, porque si no el ánima ha de venir a atravesarlos después de la muerte, "y cierto —se lee en el *Viaje Santo*— considerado el sitio y la hermosa vista que de allí hay a la ciudad, que estaba abajo en lo llano y a toda la ancha hoya llena de grandes arboledas y frescuras de más de dos leguas en largo, lugar es aparejado para mucha contemplación".

Suponen algunos historiadores que la predicación de Santiago fue, de momento, muy fructuosa y hasta que fundó diócesis, dejando por obispo en Braga a San Pedro de Rates, acaso su compañero de misión desde Judea, y a otros de sus discípulos anónimos en Lugo y en Astorga. La más vieja tradición hispánica afirma, por el contrario, que la tierra galaica, aferrada a sus cultos célticos —no bien desarraigados todavía seis siglos más tarde—, fue muy estéril y que sólo pudo lograr poquísimos prosélitos (uno solo, dicen algunos). Y el nauta aventurado, el ardido luchador, juzgó al cabo llegado el momento de abandonar aquel confín del occidente, tan deseado antes y ya tan amado, para volver a Palestina, donde le esperaba el supremo triunfo del martirio.

IV

SANTA MARIA DEL PILAR

Triste sería el viaje del Santo Varón por las vías romanas que atravesaban la Península hacia los puertos de Levante, donde esperaba encontrar fácilmente el acomodo de algún navío que hiciese la ruta del Mediterráneo oriental. Sus sandalias y su bordón golpearían las losas de las calzadas que, por Lugo y Astorga, conducían a Palencia, y de aquí, por Osma y Numancia, hasta Césaraugusta, tierra pobre de meseta, extremada en frío y en calor en las diversas estaciones, y en gran parte inculta todavía. Las ciudades, apenas romanizadas, conservaban aún la rudeza hispánica y reciente el recuerdo de la lucha contra Roma. De vez en cuando, alguna villa con su torre, su vivienda y sus granjas venía a romper la monotonía del erial con la nota alegre de sus trigales y de sus

viñedos. Zaragoza era una ciudad importante a la que Augusto había dado su propio nombre, santuario, fortaleza y mercado de toda la rica vega del Ebro. Sus calles y sus plazas oyeron la voz del Apóstol, que venía a anunciar un orden nuevo, a ofrecer un mundo de maravillosas esperanzas, a enseñar los Caminos de la Eternidad. No quiso el Señor iluminar todavía aquellos corazones, que continuaron aferrados a sus antiguas prácticas o a las que habían recibido de Roma, sin que se repitieran allí aquellas conversiones en masa de que nos hablan las *Actas de los Apóstoles*. Un grupo muy reducido, de unos pocos varones de noble y gran corazón, fue todo lo que pudo conseguir en ciudad tan populosa. Con ellos salía, de noche, a orar en un paraje solitario, cerca del manso y copioso caudal del río.

Entonces ocurrió aquel hecho que es la tradición más venerada y amable que hemos recibido de nuestros padres; el hecho que ilumina toda nuestra Historia, cuyo recuerdo es la fuerza que ha impelido a grandes acciones y la explicación secreta de muchos hechos maravillosos. Pasaba el Apóstol por uno de esos momentos que llaman "desolación" nuestros

místicos, amarguísimo abismo en que se hunde el alma y se debate sin poder por sí misma liberarse. El, ante aquel pueblo de esclavos, había expuesto la doctrina liberadora que iguala al siervo con el señor; ante aquella plebe, flagelada por el dolor humano, abrevada de lágrimas, acosada de dolores y de miserias, explicó el sentido sobrehumano del Dolor, llave dorada de la dicha Eterna; sus labios habían repetido aquellos sublimes conceptos, nunca oídos en el mundo, del Sermón de la Montaña: bienaventurados los pobres; bienaventurados los mansos; bienaventurados los que lloran. La ciudad había seguido su fiesta pagana y sus ciudadanos seguían entregados a sus negocios de cada día, sin parar mientes en aquel extranjero miserable que venía a contar historias inverosímiles de un judío ajusticiado. Estéril había sido su viaje, inútiles sus esfuerzos, y, avergonzado de su fracaso, había de presentarse ante sus hermanos que eficazmente laboraban en otros parajes menos ingratos.

Inesperadamente suele sobrevenir la consolación cuando el espíritu atribulado imagina que no podrá salir nunca de aquel mar tenebroso. He aquí cómo describe aquella insigne jornada

el más antiguo testimonio escrito de ella, que está en un códice latino, en letra del siglo XIII, en el archivo del Pilar, y que traducido al romance dice así:

"Para alabanza y gloria de la Suma Trinidad, Padre, Hijo y Espíritu Santo, que es el verdadero Dios, Trino y Uno, y para promulgar los beneficios y glorias de la Abogada del género humano, Madre del Hijo del Altísimo, anunciamos a todos los fieles, como verídica y fiel narración, cómo desde el principio de la Religión Cristiana, la Capilla o Basílica de Santa María del Pilar de la Ciudad de Zaragoza, y la iglesia adosada a ella comenzó su fundamento. Por consiguiente, queremos dar a la noticia de los fieles algunos pocos casos de los muchos admirables que han llegado hasta nosotros, obrados por el Hijo de la Virgen, a ruego y por los méritos de la misma Madre, con los devotos de la capilla del escogido Pilar."

... ...

"Aquí predicó Santiago muchos días, logrando convertir para Cristo ocho hombres. Con ellos se entretenía a diario acerca del reino de Dios, y por la noche se iba a una era, cerca del

río, donde se echaba en la paja. Allí, después de un breve reposo, se daban a la oración, evitando las turbaciones de los hombres y las molestias de los gentiles. A los pocos días, estando el Apóstol con los fieles sobredichos, cansados de la oración, hacia la media noche, y durmiendo ellos, oyó Santiago voces de Angeles que cantaban: *Ave María, gratia plena,* como si empezasen los maitines del Oficio de la Virgen con este suave invitatorio. El, arrodillándose en seguida, vio a la Virgen, Madre de Cristo, entre dos coros de millares de Angeles, colocada sobre un pilar de mármol. La armonía de la Celestial Milicia de los Angeles terminó los Maitines de la Virgen con el verso *Benedicamus Domini.*"

"Acabado éste, el purísimo semblante de la bienaventurada Virgen María llamó a sí dulcísimamente al Santo Apóstol y le dijo: "He aquí, hijo mío Santiago, el lugar destinado y diputado para mi honor. Mira este Pilar en que me asiento. Sabe que mi Hijo, tu Maestro, lo ha enviado desde lo alto por mano de los Angeles. Alrededor de este sitio colocarás el altar de la Capilla. En este lugar obrará la virtud del Altísimo prodigios y milagros admirables por mi

intercesión y reverencia a favor de aquellos que imploren mi auxilio en sus necesidades. Y el Pilar estará en este lugar hasta el fin del mundo y nunca faltarán en esta ciudad adoradores de Cristo". Entonces el Apóstol Santiago, lleno de alegría, dio innumerables gracias a Cristo y también a su Madre. Luego aquel ejército, tomando a la Señora de los Cielos, la restituyó a Jerusalem y la colocó en su celda."

"Este es aquel ejército de Angeles que Dios envió a la Virgen en la hora que concibió a Cristo, para que la guardasen y acompañasen en todos los caminos y conservasen ileso al Niño."

"Gozoso el bienaventurado Santiago con tal visión y consolación, empezó inmediatamente a edificar allí la Iglesia, ayudándole los que había convertido a la Fe. Tiene dicha Basílica como ocho pasos de ancho y dieciséis de largo. A la cabecera está el dicho Pilar, mirando hacia el Ebro, con el altar; y para su servicio ordenó Santiago de presbítero a uno de los que él había convertido, como el más a propósito. Después de haber consagrado dicha Iglesia, y dejado en paz a los mismos cristianos, volvió a Judea, predicando la palabra de Dios. Intituló

dicha Iglesia *Santa María del Pilar;* y ésta es la primera Iglesia del mundo dedicada por manos apostólicas a honor de la Virgen. Esta es la Cámara Angélica, fabricada en los principios de la Iglesia. Este es el Palacio Sacratísimo, visitado muy a menudo por la Virgen, en donde ha sido vista muchas veces la Madre de Dios cantar los Salmos Matutinos con los coros de los Angeles. Aquí se otorgan beneficios a muchos por intercesión de la Virgen y se obran innumerables maravillas, concediéndolas Nuestro Señor Jesucristo, que con el Padre y el Espíritu Santo vive y reina por los siglos de los siglos. Amén."

Hasta aquí el viejo códice césaraugustano.

El Apóstol siguió las rutas de Levante y se embarcó, acaso en Tarragona, hacia Palestina, donde le esperaba el martirio. Pero, ¿qué importa el martirio ni cualquiera de los dolores, o de los oprobios de la vida, cuando el alma ha sido visitada por la Divina Consolación? La cristiandad pequeñita de Zaragoza se transformó en una pléyade tan robusta e iluminada que, cuando llega la hora de la prueba, dio a Cristo mayor número de mártires que Cartago o Roma. Y poco después, el poeta Marco Aure-

lio Clemente Prudencio podría cantar en sus versos de hierro el triunfo de Cristo en la ciudad redimida:

La pura sangre que bañó tus puertas
por siempre excluye la infernal cohorte:
purificada la ciudad, disipa
densas tinieblas.
Nunca las sombras su recinto cubren:
huye la peste del sagrado pueblo,
y Cristo mora en sus abiertas plazas,
Cristo doquiera.

Y continuó el culto a María en aquella su diminuta y pobre Catedral del Pilar aun en los siglos en que los agarenos dominaban en las riberas del Ebro. En el año 899 un monje de San Germán de París, escribía que la iglesia de la bienaventurada Virgen María era en Zaragoza la Madre de todas las iglesias de la ciudad, de la cual había sido arcediano San Vicente Mártir. Siguen las referencias en los siglos X y XI, algunas en documentos arábigos. Y en lo sucesivo se dignó el Señor hacer en el sagrado recinto tan estupendos milagros que parecen designarlo por la Divina Omnipotencia como lugar especialmente venerable, no solamente en las Españas, sino en toda la Cristiandad.

Acaso se debe a la presencia de aquel pilar

inconmovible el triunfo en Zaragoza de la Cruzada española de 1936, cuando todas las circunstancias lo hacían inverosímil, y las repetidas derrotas del marxismo materialista y ateo casi ante los muros de la ciudad. Por esto la aviación de los "sin Dios" intentó destruir la fortaleza espiritual, que certeramente sabían tan eficaz, con aquellas potentes bombas que, atravesando el techo de la basílica, se rompieron contra el suelo sin estallar, y hoy son un trofeo más junto a aquella Imagen ante la cual España solía rendir las banderas de los enemigos vencidos.

V

LA LEYENDA DEL SANTO ENTERRAMIENTO

La tradición de la venida a España y de la inhumación en tierra de Galicia del cuerpo del Apóstol ha sido episodio de importancia trascendentalísima en la Historia de la Cultura española, que sin ella no tendría explicación posible en muchos de sus aspectos. Por ella era conocida España en la alta Edad Media en los reinos escandinavos y en los más remotos monasteriós de oriente. Lo que haya de cierto en los detalles que la leyenda sagrada ha hecho llegar hasta nosotros no lo sabemos, ni intentaremos averiguarlo. Vamos a narrar la tradición tal como figura en los más viejos textos compostelanos; tal como los peregrinos del siglo XII la aprendían en el *Códice Calixtino;* con aquellos maravillosos pormenores que inspiraban a los canteros que esculpían a golpe de cin-

cel los capiteles de los templos románicos, a los pintores que pintaban los retablos primitivos, a los juglares que corrían por aldeas y castillos narrando la historia del Señor Santiago, primo y amigo del Señor y defensor de las Españas.

Cuando el Santo Apóstol fue degollado por orden de Herodes, los judíos arrojaron los restos fuera de la ciudad para que fuesen devorados por los perros. Sus discípulos, que le habían seguido desde España, recogieron entre las sombras de la noche el cuerpo venerable y lo llevaron a escondidas al puerto de Jaffa, donde lo embarcaron en una de las naves que hacían el comercio de occidente. La leyenda quiere que fuesen los vientos tan propicios que aquella dichosa nave que venía a enriquecer a España hiciese tan largo viaje en sólo siete días. Y así llegaron a aquel dormido puertecillo de Padrón, con su tranquila ría entre montecillos poblados de castañares, y amarraron la navecilla a un poste que luego piadosamente habían de venerar los peregrinos. Aquella apacible ensenada vio multiplicarse los milagros, como si la naturaleza toda quisiese rendir homenaje al que fue tan querido de su Creador. El milagro se hace

habitual en torno de los viajeros, que viven en un ambiente irreal, de prodigios continuos. Una clara luz, que en la noche brilla como el halo de la luna, rodea al Santo Cuerpo, y la piedra en que lo depositaron cede a su peso como si fuese un colchón de blanda pluma. "En el lugar o portecico donde llegó y aportó el Santo Cuerpo —escribe en el *Viaje Sacro* Ambrosio de Morales— está una peña sobre que le pusieron y dicen se abrió milagrosamente en forma de sepultura. Esta yo no la vi, porque ya el agua del río la ha cubierto y la arena también la cubre con cualquier avenida, y aunque tienen cuidado de descubrirla, entonces estaba muy cubierta. Lo que vi es hecho allí un muelle harto agraciado, aunque pequeñito, con sus gradas hacia el agua, dicen que para que se pueda bajar a ver aquella concavidad de la peña y un humilladero que allí hay, y se visita por los peregrinos con gran devoción."

Quisieron los discípulos adquirir un terreno en que pudiese fabricar sepulcro digno para su sagrado depósito. Como supiesen que había allí una dama poderosa que era señora de muchas posesiones, acordaron dirigirse a ella pidiendo lo que necesitaban. Era esta señora tan

rica y respetada en la comarca, que las viejas crónicas medievales la llaman "Reina" y los pintores de retablos suelen representarla magníficamente vestida. Vivía esta señora en un castillo —uno de tantos castros celtas como aún permanecen en Galicia— que llamaban "Castro Lupario", entre Padrón y Santiago. Acaso era una especie de maga o sacerdotisa iniciada en los viejos cultos naturalistas de sus antepasados. Escuchó la astuta hembra la relación de los peregrinos, y deseando librarse de ellos, les aconsejó que acudiesen al legado del César en aquel confín del occidente, que era un llamado Filotro, que vivía en *Dugium* (junto a San Martín de Duyo), al norte del cabo de Finisterre, en los últimos extremos de la tierra; el cual, noticioso ya de la nueva doctrina y enemigo de ella, los hizo encerrar en un calabozo. Pero en aquellos años dichosos los Angeles visitaban la suave tierra de Galicia para velar sobre la naciente Cristiandad. Como a San Pedro, un Angel franqueó a los discípulos las puertas de la prisión. A punto de pasar el puente sobre el Tambre divisaron una partida de jinetes que iba en su seguimiento; pasáronlo despavoridos, y desde la otra orilla pudieron presenciar cómo

se derrumbaba la robusta fábrica y se precipitaban en las aguas del río, envueltos entre sus ruinas, caballos y caballeros.

Ni aun este milagro ablandó el corazón de la señora Lupa, la cual, con dañada intención, indicó a los cristianos que se llegasen a un monte cercano llamado Ilicino y tomasen de sus haciendas y ganados lo necesario para transportar el cuerpo y edificar el monumento; porque en aquel lugar se guarecía una gran serpiente que tenía atemorizadas a las aldeas y caseríos del contorno. Salió a ellos el monstruo, pero sólo con hacer sobre él la señal de la Cruz cayó sin vida a un lado del camino.

Era preciso a los discípulos escoger entre los ganados de Lupa una yunta que transportase el Cuerpo Santo y acarrease los materiales para el túmulo. Toros había en el monte, pero cerriles y bravísimos. Muchos siglos más adelante, el licenciado Molina, en su *Descripción del Reyno de Galicia,* afirmaba que en aquellos parajes "ay vacas brauas, que para cazallas es menester gran industria y laços, como para qualquiera otra caza"; pero a la voz de los cristianos rindieron la cerviz como si hubiesen siempre soportado el yugo. Los discípulos bendijeron

el monte, testigo de prodigios, y le llamaron "Pico Sacro".

Con la fuerza de tantos milagros, la señora Lupa vino en hacerse cristiana y consintió en que fuesen derribados los ídolos; puesto sobre una carreta arrastrada por los toros amansados milagrosamente, abandonaron los discípulos su sagrado depósito al instinto de estos animales. Y éstos, después de recorrer tres leguas hacia oriente, se detuvieron en un campo que era de la señora Lupa, la cual se apresuró a ofrecerlo a los cristianos —ella lo era ya también— para que edificasen el mausoleo. Este es el lugar que, al correr los siglos, había de ocupar la Catedral y la ciudad de Santiago, con sus templos, palacios y monasterios, una de las más famosas del orbe. Por la liberalidad de la donación se llamó *Liberum donum.*

Las sagradas reliquias fueron depositadas en un sarcófago de mármol —*arca marmórea*—, acaso aprovechado de otro enterramiento antiguo o construido al intento, y sobre él fueron elevados un ara y un pequeño santuario.

Esta es la tradición de la traslación del cuerpo del Apóstol de España a Galicia, tal como se lee en las viejas crónicas medievales. El pueblo

español se la sabía de memoria, y para recordársela estaban los imagineros y pintores de retablos. Sosteniendo el dintel de muchas de las iglesias románicas del camino que seguían los peregrinos se ven los toros que rindieron su cerviz en el "Monte Sacro". En el retablo de la Catedral de León, obra de Nicolás Francés en el siglo XV, se puntualizan todas las escenas del drama, y lo mismo en tantos otros, como el de Alonso de Herrera y Pedro de Bolduque en la Catedral de Segovia.

VI

COMPOSTELA

La pequeña capilla quedó sola —como convenía a monumento funerario— entre aquellas selvas, al cuidado de dos de los discípulos, a quienes la tradición —nuestro guía— llama Atanasio y Teodoro. Rindieron al cabo estos santos varones su tributo a la muerte y alcanzaron el alto premio de ser sepultados junto al cuerpo de su Maestro. La lluvia de muchos años cayó sobre el "arca marmórea", y poco a poco fueron extendiéndose sobre ella las nieblas del olvido. Acaso la Cristiandad fue siempre harto precaria en aquel país, lleno todavía en plena Edad Media de reminiscencias paganas. Pasaron los siglos y hubo grandes conmociones de pueblos y cambios de religión y de leyes. Gentes rubias del norte, venidas de los bosques de Suevia, entraron a sangre y fue-

go, y aun las páginas del Obispo gallego Idacio son un reflejo de los horrores de la invasión: del hambre espantable, de la sangre, de los incendios. Hombres de otra casta entre los germanos disputaron con guerras aquel territorio a los feroces suevos y se enseñorearon de él. Al cabo, llegaron al confín de la tierra, en atrevida algarada, los jinetes sirios o africanos del Califa de Damasco.

El monumento quedó olvidado; acaso el hilo tenue de una tradición imprecisa recordaba, en las aldeas escondidas, de padres a hijos y de abuelos a nietos, cómo vino a reposar en tierras de Galicia el Apóstol Santiago, primo y amigo del Señor. Pero no lejos de su ámbito, en las mismas montañas del nordeste, se había ya encendido la pequeña llamita de la independencia de España en la que había de prenderse en gran incendio toda la Península para iluminar y dar calor a un orbe nuevo. Unos cuantos caballeros, monjes y prelados que tomaron sobre sí la empresa de restaurar la monarquía visigoda en los valles de Asturias, obtuvieron en los recovecos de Covadonga una primera victoria que dotó a la empresa de optimismo triunfal. Los momentos eran favorables, pues des-

contentos los berberiscos que ocupaban las montañas del norte, de la parte que les había correspondido, descendían en avalancha hacia las fértiles regiones del mediodía. Galicia, León, las Asturias, el país vasco, quedaban libres de dominadores agarenos, y en estos países renacían las primitivas cristiandades. Un político hábil, Alfonso I, conociendo cuán grande y temible era aún el poder del Califato de Oriente, asoló las Castillas para crear un desierto que fuese defensa de las comarcas del norte, y se trajo a Asturias y a Galicia la gente de la tierra llana. De 791 a 842 reina en Asturias un Rey Santo, gran repoblador. Alfonso II edificó la ciudad de Oviedo, cercada de murallas, con palacios suntuosos y aulas para la administración de la justicia, con las iglesias de San Salvador, Santa María y San Tirso. El reino se robustecía y demostraba su potencia para rechazar los intentos de los andaluces. Ya los monjes comenzaban a roturar los campos y a ornamentar códices preciosos. Tal vez algún Horacio o algún Virgilio era ornato de las bibliotecas conventuales por cuyas ventanas entra el aroma húmedo de las pomaradas. El nombre del nuevo Reino comienza a sonar más allá del Pi-

rineo y no lo ignora Carlomagno, el gran emperador de la barba florida. El cielo prèmia la piedad de Alfonso y la pureza de su corazón haciendo que por mano de Ángeles sea labrada la cruz empedrada de gemas que el príncipe anhelaba poseer.

Es en este reinado de actividad reconstructora cuando tiene lugar el prodigio que dio nombre a España ante el mundo entre las sombras de aquellos siglos y la dotó de espíritu para realizar las empresas más asombrosas. Corrían los primeros años del siglo IX cuando llegaron a Iria, cuya sede ocupaba el piadoso Obispo Teodomiro, los rumores de que en un bosque muy cerrado y denso, cerca del Sar, aparecían de noche los breñales como sembrados de estrellas rutilantes, y que entre las sombras de la floresta surgían como voces de Angeles que llenaban aquellas soledades de inefables conciertos. Dicen que por allí tenía su ermitilla un bendito anacoreta, Pelayo de nombre, el cual, por revelación o porque hubiese recogido los vestigios de antiquísimas tradiciones, supo que aquellas luces se encendían y aquellas músicas se concertaban en honor del bienaventurado Apóstol Santiago, sepultado en aquellos luga-

res. Como los prodigios no cesaban, los vecinos de la parroquia de Salolio y de otras comarcanas acordaron acudir al Obispo. "Por rreuelación fay algus homes et personas de grande auctoridade —se lee en el *Cronicón Iriense*— demostrado et apertamente viiam grandes lumes de candeas arden de noyte e de dia en huun monte muy espeso de muytos arbores et siluas a oyto milias de Iria, et que non se apagauan de día et de noyte. Et mais que oian ende continuamente grandes cantares de angeos." Recibió el Obispo sorprendido la devota embajada y quiso presenciar por sí mismo aquellos prodigios que convertían en claro y alegre día las sombras de la noche en aquellos parajes silvanos. Y habiéndose percatado por sí mismo de la verdad del relato, juzgó que allí se escondía algún misterio que era preciso aclarar. Y ordenó que sus diocesanos ayunasen por tres días para obtener el auxilio divino en aquella empresa.

Las hachas de los leñadores comenzaron a abatir los árboles de la selva; roturáronse las malezas, y entre ellas aparecieron, ante los ojos de la multitud que, sugestionada, seguía los trabajos, restos de antiguos edificios. Estimulado el afán con la esperanza, los cavadores des-

cubrieron un monumento rodeado de un pequeño atrio en el cual había cavadas dos sepulturas. En el interior del edículo hallaron un altar y a su pie una losa funeraria, que cubría restos humanos. El que un altar se edifique sobre una sepultura indica que en ella se guardan las reliquias de un Santo. Por divina revelación, o por la tradición local, o porque así lo dijesen ciertas letras griegas y latinas —como se lee en antiguos documentos—, Teodomiro se convenció de que había encontrado el cuerpo del Apóstol. He aquí cómo describe, en su viejo lenguaje galaico, musical como el tañido de la gaita, el *Cronicón Iriense* el hecho del descubrimiento: "Et por la graça de Deus entrou ena espesidume do monte et achou una casilla pequena de arcas de marmores et dentro una tumba de moymento moy boo, a qual asy achada, dou muitas graças a Deus e lançouse en oraçon et en jajun (ayuno) et foylle reuelado qu era aly sepultado o corpo do Apostolo Santiago Zebedeu, que auia oytocentos anos que ally jazia ascondido en aquel monte et siluas et matas".

Una miniatura del tumbo A en la Catedral compostelana nos pinta la escena en que el ve-

nerable Obispo penetra en el santuario y llega a la tumba, incensada por un Angel.

¡Aleluya! Las dichosas Españas, tierras de mártires y de cruzados, han sido halladas dignas de custodiar la tumba del "Hijo del Trueno", el celoso Apóstol del Señor. Llegó la noticia a la Corte de Oviedo, y el buen Rey Alfonso se apresuró a venir al lugar santo y a postrarse allí con abundantes lágrimas y oraciones. Nada ya parecía difícil, y una ola de confianza y de alegría se extendía por el pequeño reino montañés. ¿Qué había ya imposible para los españoles si la Providencia les señalaba entre los otros pueblos con favores tan especiales? El mismo Alfonso proclamó al Apóstol Patrón y Señor de toda España, para que España —la ya liberada y la todavía sujeta a agarenos— fuese su feudo y señorío y como a cosa propia la defendiese. Con consejo de Obispos y de hombres ilustres, el Rey decidió construir una iglesia que fuese cabeza de la diócesis iriense. Iglesia pobrísima, de piedras asentadas con barro, *ex petra et luto opere paruo,* que había de ser la simiente de uno de los más insignes templos de la Cristiandad; junto a ella, un baptisterio consagrado a San Juan Bautista, y un poco más lejos, aquel

gran edificador hizo levantar otra ya menos humilde, *non modicam,* con tres altares, consagrado el principal al Salvador y los otros a los Apóstoles Pedro y Juan. A su lado construyó claustro y monasterio donde viviesen un abad y doce monjes. También el Obispo y el clero de Iria abandonaron esta ciudad para hacer vida común junto al sagrado depósito. En tanto, se desmontaba el bosque, se levantaban por todas partes tiendas y barracas y comenzaban a acudir, al olor de la ganancia, artesanos, comerciantes y cambiadores. Iba naciendo en aquellas soledades la ciudad surgida al calor de la devoción al Apóstol. El Rey no se cansaba de dotar a las iglesias de preciosas alhajas y señalaba a la de Santiago un coto de cuatro millas en torno. Entre tanto, había que contener a los musulmanes, empeñados en aniquilar a la monarquía asturiana, y el buen Rey y sus caballeros, con milagros de energía, lograron asegurar la independencia de la Patria. Se levantó un recinto amurallado y torreado para amparo de los lugares santos; se trazó un acueducto para proveerlos de agua. Pronto la devoción exigió nuevas iglesias, una a Santa María, en cuyo torno se congregó una comunidad bene-

dictina: la *Corticella.* En la plaza del Paraíso establecían su tinglado los cambiadores y los vendedores de conchas, de correas y de toda suerte de especias y medicamentos; en la del Preguntoiro se daban los pregones y se hacían las subastas. Por todas partes se edificaban albergues para los peregrinos. La ciudad naciente comenzaba a ser llamada con el bello nombre de "Compostela", campo de estrellas, que recordaba el milagro inicial. Las recientes excavaciones en la Catedral de Santiago confirman el relato de las crónicas del siglo x. Han aparecido los restos de los templos de Alfonso II y de Alfonso III; el sepulcro de Teodomiro, el Obispo descubridor, y en torno de la tumba del Apóstol, una necrópolis cristiana anterior al siglo v.

En guerras civiles se abrasaba el emirato musulmán de Córdoba, y en tanto el emir omeya veía desmembrarse el estado, Alfonso III de Asturias se declaraba protector de los rebeldes, realizaba atrevidas correrías y daba a la monarquía alientos y ambiciones imperiales. El centro espiritual del Reino norteño es Compostela. Harto pequeña era la iglesia construida con cantos y barro por Alfonso el Casto en días

de hierro, y el poderoso Rey ordena que se levante en su lugar una Catedral ostentosa, por los hábiles obreros que en Valdediós habían elevado una gran basílica en que influencias mozárabes se entrelazan a la tradición artística asturiana. Para ello se trajeron por mar —no sin lucha con los agarenos— los mármoles romanos de un palacio arruinado de los Reyes godos y se aprovecharon algunas piedras maravillosamente esculpidas (*miro opere sculpta*) de la construcción de Alfonso II. Y se levantó un gran templo de tres naves y tres ábsides consagrados al Salvador, a San Pedro y a San Juan, con una portada en el hastial y otra al norte, ambas construidas con los mármoles antiguos. Ante esta puerta del norte se construyó un pórtico de dieciocho columnas grandes que sostenían una galería cuya techumbre se apoyaba en columnillas y que debió de ser el asombro de aquella edad. Sobre la tumba del Apóstol pendía una gran cruz "patada" de oro enriquecida con gemas. Dieciséis prelados consagraron la nueva iglesia el 6 de mayo del año del Señor 899.

Todo era poco para el renombre que iba adquiriendo por todo el orbe el sepulcro del Após-

tol. Alfonso II había comunicado el hallazgo al Papa San León y al Emperador Carlomagno, su amigo. Los peregrinos venían en tal número que parecía cosa milagrosa. Hasta a los musulmanes había llegado la fama de aquel lugar. En 850 estuvo allí el diplomático y poeta andaluz Yahia-ben-Alhaquem-al-Gazel acompañando a una embajada normanda, y no es raro encontrar en autores musulmanes noticias del sepulcro del Apóstol y de las peregrinaciones. Por el mismo tiempo llegaba a Compostela un peregrino alemán, San Evermaro. Después de Roma y de los Santos Lugares, Santiago era el paraje de mayor devoción de toda la Cristiandad. Las joyas y las telas preciosas, las riquezas de toda suerte que la devoción iba acumulando en el templo, tentaron la codicia de los piratas normandos y de los guerreros musulmanes, que diversas veces fueron rechazados.

En el año de 997 el Califato de Córdoba se veía restaurado en todo su poder por la fuerte mano de Almanzor, "hagib" del Califa Hixem II y el más atrevido guerrero de su tiempo. Almanzor quiso asestar un golpe mortal en el corazón del Reino cristiano y proyectó su expedición a Santiago, que los cronistas musulmanes

comparaban a la Meca por la gran afluencia de peregrinos. De acuerdo con los Condes gallegos y leoneses rebeldes a su Rey, el "hagib" llegó a Galicia y asoló todos aquellos lugares y monasterios que trabajosamente, a lo largo de tres siglos, habían ido reedificando y repoblando los buenos Reyes de Asturias y León. Aterrorizados, los habitantes de Compostela, con su Obispo, huyeron a refugiarse en las montañas. El conquistador llegó ante los muros de la ciudad y quedó asombrado al ver las murallas abandonadas y las puertas abiertas. Ni un alma en las calles, de ordinario tan bulliciosas con el tráfago de peregrinos, mercaderes y cambiantes. Acaso penetrada el alma de secreto pavor, el guerrero indomable se llegó a la Catedral que cobijaba el cuerpo del Apóstol, que él mismo veneraba como compañero y amigo del gran Profeta Jesús. Sobre la tumba de Santiago, como si no se hubiese dado cuenta de la gran catástrofe, del asolamiento de toda su Patria, se veía la figurilla frágil de un anciano monje, demacrado por las penitencias, que seguía rezando tranquilamente.

—¿Qué haces aquí? —preguntó el "hagib".

—Estoy orando ante el sepulcro de Santiago —contestó el monje.

—Reza cuanto quieras —replicó Almanzor.

Y puso guardia para que nadie le inquietase. El asceta continuó en su oración fervorosa, en tanto la ciudad era arrasada hasta los cimientos y una fila interminable de cautivos cristianos de los cuales los más robustos llevaban a hombros las puertas y las campanas de la basílica de Alfonso III, cubría los caminos que llevan hacia el sur.

VII

LA ROMERIA

El sepulcro del Apóstol había sido honrado por la Providencia con muy bellos prodigios. Cuéntase en el capítulo II del *Libro de los Milagros de Santiago,* atribuido al Papa Calixto II, que en años muy remotos llegó a Compostela un peregrino, proveniente de Italia, a quien su Obispo había impuesto esta romería en penitencia de un gravísimo delito, con la condición de que había de entregar al Obispo compostelano una relación escrita de su pecado. Llegó el italiano cuando se celebraba en la Catedral solemnemente la gran fiesta del 25 de julio, y con lágrimas de vergüenza depositó sobre el altar la carta acusadora. Pero cuando el Obispo fue a leerla no encontró sino un pergamino en blanco, pues por intercesión de Santiago se había borrado, en señal de perdón, la re-

lación humillante del delito. Cuéntase también que a un caballero de linaje de reyes que se paseaba a caballo cerca del mar de Galicia se le desbocó la bestia y lo arrojó al agua. A punto de perecer ahogado, se encomendó al Apóstol y salió a flote sobre las olas, cubierto de veneras. De este prodigio, del cual dicen se origina la costumbre de adornarse con conchas los peregrinos, quedaron como memoria unos versos, no horacianos precisamente, en el antiguo breviario de la Catedral de Oviedo:

Cunctis mare cernentibus
Natus Regis sumergitur,
Sed a profundo ducitur
Totus plenus conchilibus...

Con estos y otros prodigios subía hasta las estrellas la fama del Santuario de Compostela, y de todo el orbe acudían peregrinos al sepulcro. Al apuntar la primavera del año 1056, hallándose en la ciudad el Infante don García, Rey luego de Galicia, llegó una expedición de peregrinos de Lieja, presidida por Roberto, monje del monasterio de Santiago en aquella comarca, los cuales se llevaron, con destino al referido monasterio, una reliquia del Apóstol que obró

luego insignes prodigios. Por estos mismos años se verificó la peregrinación de un monje griego —algunos le hacen Obispo y le llaman Esteban—, de la cual hablaremos más adelante. En el mismo siglo XI, el monje armenio San Simeón, que recorría los santuarios de Europa llegó a Compostela, en los confines de la tierra, para encomendarse a Santiago. A pie, desde Alemania, llegaron San Teobaldo de Champagne y su compañero Gautier, y de Italia acudía, a pie también, San Guillermo, fundador de la Congregación de Montevirgen. Entre otros grandes personajes visitaron el sepulcro Pedro, Obispo del Puy; Guido, Arzobispo de Milán; Sigfrido, Arzobispo de Maguncia, y el caballero normando Roger de Tosny. Cuenta una vieja *Crónica de Normandía* que el caballo español que montaba Guillermo *el Conquistador* en la batalla de Hasting (1066) le había sido llevado de España por un caballero normando, peregrino de Compostela.

Pasado el terror milenario, se extendía por Europa como una oleada de esperanza y de optimismo. La paz permitía labrar los campos a los labradores y a los artesanos dedicarse a sus oficios. La Cristiandad, según la frase del

monje Raúl Glaber, se ataviaba con el blanco vestido de nuevas iglesias. Abiertos estaban los caminos y se establecían corrientes culturales y comerciales entre los diferentes reinos. Las peregrinaciones en masa a Santiago son un hecho corriente, y en el mismo siglo XI, en 1072, Alfonso VI de Castilla y León suprime los portazgos de Galicia en beneficio de los peregrinos de Italia, Francia y Alemania que se encaminaban a Santiago. Era entonces la romería harto penosa y llena de peligros, pues los peregrinos, después de pasar el Pirineo, huyendo de las bandas de salteadores sarracenos, sin Dios ni ley, que todavía infestaban la baja Navarra y la Rioja, tenían que tomar guías que les condujesen por sendas de cabras a través de las montañas vascas. Reyes, Obispos y grandes señores, en este mismo siglo XI, tomaron como la empresa más grata a Dios la de facilitar las peregrinaciones y socorrer y amparar a los peregrinos. El Rey Patriarca Sancho *el Mayor,* Emperador de las Españas, pacificó toda la Rioja, la arrancó del poder de los bandidos moros y mandó trazar una carretera desde el Pirineo a Nájera, según se lee en el *Cronicón Silense*. La Reina doña Mayor y Santo Domingo

de la Calzada construyeron, para los peregrinos, puentes de sabia arquitectura.

Este camino se iba poblando, en sus etapas principales, de buenas hospederías, en las cuales muchas personas santas consagraban su vida al cuidado de los peregrinos, pobre humanidad fatigada, afligida de toda suerte de miserias. Apenas comenzaban a descender por las vertientes meridionales del Pirineo, en Ibañeta se encontraban con un hospital que, según la tradición, fundó nada menos que el Emperador Carlomagno. En Pamplona todo un barrio estaba dedicado a alojar a aquellos devotos extranjeros, y más hacia el sudoeste, Santo Domingo de la Calzada era una ciudad cuya única razón de ser consistía en el camino de la peregrinación. Santo Domingo es el ángel de las rutas: trazador de caminos y ponteador, funda en la ciudad un hospital y hospedería en que él mismo asiste a los viandantes. La catedral es uno de los jalones de reposo de los romeros y sus ámbitos presenciaron prodigios estupendos. San Lesmes se instaló fuera de los muros de Burgos, en la estancia que le cedió Alfonso VI, y consagró su vida a recibir, curar y proporcionar descanso y sustento a los pobres

romeros. Alfonso VIII construyó en la misma ciudad el magnífico hospital del Rey, cerca de Las Huelgas. Lo mismo hacía, en la vieja Castilla, San Juan de Ortega. Como en su tiempo —a mediados del siglo XII— los montes de Oca estuviesen infestados de ladrones, para resguardo de los peregrinos que hacían la vía de Santiago fundó un convento y un hospital y reedificó, para su comodidad, los puentes de Logroño, Atapuerca, Nájera y la Calzada, porque, merced a las peregrinaciones, se iban restaurando puentes y caminos abandonados desde la ruina del Imperio. Ya en el Reino de León, don Julián, abad de Sahagún, estableció en su monasterio una hospedería para los que iban a Santiago.

No todos miraban, sin embargo, con tan piadosos ojos a estos extranjeros. Las montañas pululaban en bandoleros y muchos hombres perversos asesinaban a los miserables para arrebatarles el dinero que traían para su sustento o para piadosas ofrendas. El preámbulo del libro de la Cofradía de Cambiadores (hacia el 1300) dice, refiriéndose a aquellos primeros tiempos: "*E sabido por todo o mundo, logo acudiran tantas gentes que era milagro; e daban sendos dineiros e esmolas aos cregos; e tragian*

tantos dineiros de prata e de ouro que non eran conoscidos. E moitos malditos homes mataban e roubaban os romeiros ansi na cidade como fora della". Los Reyes tomaron diversas providencias para seguridad del camino y unos cuantos caballeros hicieron voto de consagrar su vida a la defensa de los viajeros indefensos que hacían su romería, como los caballeros andantes de los romances de gesta. Así nació la ínclita y gloriosísima Orden Militar de Santiago.

VIII

EL CAMINO FRANCES

Los tres primeros siglos del segundo milenario, cuando, afirmadas ya las naciones, comenzaron a ordenar aquel concierto de pueblos que se llama "la Cristiandad", en que se continuó la obra de unidad del Imperio romano, son las centurias áureas en la historia de las peregrinaciones. Con la cruzada de los Santos Lugares, el viaje a Compostela es el gran anhelo de la Europa medieval. Desde las costas brumosas de Escandinavia hasta las doradas campiñas de Nápoles, no había en occidente —salvo los núcleos musulmanes de España y de Sicilia— sino una fe. En todas las ciudades de Europa había un lugar donde cada año se reunían los que se aprestaban, ya provistos de venera, bordón y escarcela, a emprender el santo viaje. Con sus cánticos y oraciones, con el recitado

de historias y romances, hacían más breve su caminata por las vías romanas que llevan a España y a través de las cuales les acogían innumerables santuarios y hospitales. Los más expertos iban provistos de guías, como el *Codex Calistinus,* en que se indicaban los parajes hostiles y los amigos, los hospitales y las alberguerías. De las cuatro rutas que de Francia conducían a España, tres se reunían en Ostabat, para cruzar el Pirineo por Roncesvalles, en cuyas hondonadas los romeros aún creían escuchar los ecos de la trompa de Rolando, y otra, por el puerto de Aspe daba entrada al alto Aragón. Ambas corrientes humanas venían a converger a Puente la Reina y de allí seguían por Estella, Logroño, Nájera, Santo Domingo de la Calzada, Belorado, Montes de Oca, Burgos, Castrogériz, Frómista, Carrión, Sahagún y León; tierras altas de meseta, cubiertas de monte bajo, con vegas alegres y sotos de chopos en torno de las villas, junto a los ríos. Desde aquí el terreno era más quebrado y se cubría con bosques de castaños y robledales espesos; unos peregrinos entraban en la verde Galicia por Ponferrada y el Bierzo, para llegar a Compostela por Barbadelo, Portomarín, San Mamed y

Ferreiros; otros por Puebla de Sanabria llegaban a la ciudad santa por Allariz, Orense, Lalín, Ambasaguas y Salgueiro. Esto podía hacerse, por los que venían a caballo, en sólo trece jornadas. Todo, a lo largo del camino, les hablaba del Apóstol y de sus milagros. En Santo Domingo de la Calzada oían cacarear, en las naves de la Catedral, a aquel gallo que, con su gallina, recuerda el milagro famoso del canto de la gallina asada y del ahorcado inocente resucitado; en San Lorenzo, poco antes de Compostela, venían a venerar el cuerpo de aquel peregrino de Lorena, al cual, en una sola noche, transportó Santiago, sobre el arzón de su caballo, desde la cumbre del Pirineo; una leyenda mística y caballeresca iluminaba aquel camino con un resplandor maravilloso, y en ella se confundían las gestas de Carlomagno y de los doce Pares con las de Sancho *el Mayor,* Emperador de las Españas, y los suaves milagros de San Juan de Ortega y Santo Domingo de la Calzada.

Durante la última jornada había entre los peregrinos como un pugilato para ver quién de ellos era el primero que desde el Monxoy (monte del gozo) vislumbraba las torres de la ciudad,

porque aquel que lo conseguía era proclamado rey del grupo —de aquí los apellidos Rey, King, Leroy, etc., tan frecuentes en Europa—. Unos minutos para lavarse y quitarse el polvo en el río Lavacolla y, generalmente, al caer la tarde, la caravana invadía la ciudad apostólica llena con el bullicio de otras semejantes. A la entrada, como ahora en las estaciones los mozos de los hoteles, les asediaban con sus voces y sus artificios los criados de los albergueros.

La primera visita era, naturalmente, a la tumba de Santiago, meta de tantas fatigas; y era tal la prisa de acercarse a ella lo más posible, que las reyertas, a veces sangrientas, eran cosa ordinaria. La costumbre era pasar en vela la primera noche y oir luego la misa de madrugada, después de la cual se publicaban las indulgencias. Sacerdotes provistos de varas golpeaban simbólicamente con ellas a los romeros en señal de perdón. "Grata y profunda impresión —dice el vetusto *Códice Calixtino*— causa el ver las caras de los peregrinos en torno del altar de Santiago. Los alemanes están a un lado, a otro los franceses, y todos permanecen reunidos en grupos, con cirios encendidos en las manos, de modo que la iglesia está iluminada

como si fuese de día. Cada cual vela con sus compatriotas, cantando cánticos religiosos al son de las cítaras, de las liras, de los tímpanos, de las flautas, de las fístulas, de las chirimías, de las arpas, de las violas, de las ruedas británicas o gálicas, de los salterios o de otros instrumentos."

Hombres venidos de todas partes y que hablaban todas las lenguas se agolpaban en las capillas de la Catedral para venerar las santas reliquias; orientales magros y cetrinos, rubicundos hombres del norte, se dispersaban por las Quintanas y por el Paraíso, por el Obradoiro y por las Platerías comprando veneras de metal o imágenes de azabache, cambiando su moneda en los puestos de los cambiadores. A la noche, unos se repartían por albergues y hospederías y los más se amontonaban en las estancias del hospital de Santiago. Entre ellos había muchas veces personajes de cuenta y grandes señores; el mismo Cid Campeador tomó un día el camino de Compostela, según reza el romance:

Ya se parte don Rodrigo
que de Vivar se apellida.
Para visitar Santiago
andando va en romería.

Más adelante, siguen la misma ruta príncipes aventureros o devotos que se preparaban para alguna grande hazaña viniendo a postrarse ante la tumba venerable: Juan de Brena, Rey de Jerusalén; el desdichado Sancho II de Portugal —Sancho Capelo—; Eduardo, Príncipe de Gales; Hugo IV, Duque de Borgoña; Raimundo VII, Conde de Tolosa; infinidad de Príncipes, de Obispos y de Señores con sus comitivas abigarradas de soldados, lacayos y juglares.

A pie, como los más pobres entre los mendigos, dos peregrinos atravesaron España dejando a su paso una estela de milagros y de leyendas, una fragancia de santidad: son los dos pilares sobre los que se asienta aquel siglo de las Catedrales y de la Suma Teológica; el orden perfecto de la Cristiandad. Uno de ellos era Francisco, nacido en la ciudad de Asís, en Umbría. Toda Navarra y el norte de Castilla, el Bierzo y Galicia están sembrados de leyendas de su paso:

Hace el romero su vía
por el camino francés.
¡Dichosa tierra de España
que por tus sendas le ves!

En Santiago obtuvo el terreno necesario para edificar un convento del abad de San Martín, a cambio del foro de un cestillo de peces, y él, enamorado de la dama pobreza, hizo inmensamente rico al carbonero Cotolay, que le hospedó benignamente. El otro de estos peregrinos procuraba esconder bajo su sayal blanco el señorío de su figura. Se llamaba Domingo de Guzmán y estaba destinado a iluminar, como clara antorcha, la Iglesia de Dios.

Muchos romeros de las Islas Británicas y de los países escandinavos hacían por mar su camino. Hubo una vía marítima de Santiago, menos estudiada, pero tan importante como la terrestre. Tanto influyó esta ruta en el progreso de la marinería, que la frase "*point de marine sans pelerinage*" vino a ser proverbial. Bristol era el puerto en que solían formarse las devotas escuadrillas de navíos, que solían arribar a la pequeña ría de Padrón. A veces, las armadas de los cruzados que iban a Tierra Santa se detenían en algún puerto gallego para que los caballeros pudiesen acudir a la tumba del Apóstol. Según los datos de J. A. Fraser en el libro *Spain and the west country,* entre 1397 y 1456, hicieron la peregrinación 124 navíos ingleses

con algunos millares de romeros. Solamente en el año santo de 1434, 63 buques cargados de peregrinos atravesaron el mar del Norte camino de España.

Alegre el corazón con las gracias obtenidas, llevando en la gaveta la "compostela", con la que acreditaban la certeza de su romería, los peregrinos iban a morir a sus remotos países, y en todos ellos encendían la devoción al Apóstol y a todos llevaban el nombre y el recuerdo de España. De aquí que ningún Santo del calendario cristiano tuviese una devoción tan extendida. Treinta y tres iglesias y monasterios bajo la advocación de Santiago se contaban en Italia; treinta y seis en Francia, sin contar con los innumerables hospitales y alberguerías del camino de las peregrinaciones; en los Países Bajos excedían el medio centenar. En Suiza las iglesias jacobitas eran muchas, y en Alemania pasaban de 900, algunas muy famosas, con hermandad con la iglesia compostelana. Pocas menos hay en Inglaterra y no faltan en Dinamarca, en Suecia y aun en Rusia. Los viajeros encontraban vestigios de la devoción al Santo de Compostela en todo el cercano Oriente, en Armenia, en Caldea y aun en Persia.

Por este "camino francés", que desde los Pirineos llegaba a Compostela, entraron en España muchas buenas cosas. A lo largo de él se formó el arte románico, uno de los sistemas más nobles y perfectos que han inventado los hombres para construir y decorar edificios y que, al final de la ruta, abría ante los peregrinos la maravilla del Pórtico de la Gloria, la joya del maestro Mateo. Por aquí recibieron los hispanos costumbres más pulidas y artes más primorosas. En cambio, los peregrinos se llevaron el sistema de la crucería, aprendido de los árabes, de donde nace la bóveda gótica, y los ataurique que se ven en los esmaltes de Limoges, la afición a los bellos tapices y a los marfiles labrados; los romances, que se convertían al otro lado del Pirineo en canciones de gesta. Acaso no haya habido en el mundo otra ruta tan rica en beneficios como ésta que llevaba, bajo la polvareda de estrellas de la "Vía Láctea", a la tumba del humilde pescador de Galilea. Esta red de caminos convergentes iban componiendo, con las naciones que antes apenas sabían unas de otras, el inmenso imperio espiritual que se llamó "la Cristiandad".

IX

¡SANTIAGO Y CIERRA ESPAÑA!

De cómo la fe en el patrocinio del Apóstol dio alientos a nuestros antepasados para realizar empresas gigantescas es testimonio la creencia firmísima, mantenida durante siglos, en una intervención directa y personal del Santo en los momentos más decisivos. En virtud de esta creencia, el pacífico peregrino de Galilea, conquistador incruento de almas, se transforma en el formidable guerrero, armado de punta en blanco y jinete en un caballo blanco, de nuestras tablas medievales, y el dulce Jacobo, compañero de Cristo, viene a parar en el "Santiago Matamoros" que atropella sarracenos vencidos en los grandes retablos barrocos.

Este nuevo aspecto de Santiago —el que le hizo más popular en las Españas— arranca de

la legendaria batalla de Clavijo. Según la leyenda, consignada por primera vez en la crónica del Arzobispo Jiménez de Rada, el Rey de Asturias, Mauregato, había pactado con los emires de Córdoba la entrega anual de cien doncellas. Pasaron los años, y a comienzos del siglo IX Abderramán II exigió al Rey Ramiro I el cumplimiento del pacto. Ramiro, tomado consejo de sus primates, se negó a demanda tan vergonzosa y la cuestión hubo de decidirse por las armas. Vencidos los cristianos en la Rioja, cerca de Albelda, hubieron de refugiarse en el monte de Clavijo. Rendido el Rey aquella noche por la fatiga y la tristeza, quedose dormido, y fue entonces cuando en sueños se le apareció el Apóstol Santiago y le ofreció la victoria para el siguiente día. Y cuando, enardecidos por tan alta promesa, los fieles atacaron a los musulmanes, vieron descender del cielo al Apóstol, sobre un caballo blanco y tremolando una nívea bandera. Tal fue la mortandad de los muslimes, que quedaron en el campo de 60 a 70.000, sin contar los que cayeron en la persecución en que las tropas del Rey les acosaron hasta Calahorra. Según consta en el relato del "diploma de Don Ramiro", de dudosa autenticidad,

el monarca instituyó entonces el voto de Santiago, en virtud del cual, durante siglos, los pueblos de España ofrecían a la Iglesia compostelana por cada yugada de tierra cierta medida de trigo, y de las viñas otra de vino, voto aprobado por la Santa Sede, al cual se añadió después que siempre que hubiera de repartirse entre los soldados cristianos botín del enemigo, se reservase a Santiago la parte correspondiente a un caballero.

Lo cierto es que sin oposición alguna y por general creencia vino satisfaciéndose esta contribución hasta que en 1578 se puso en la Chancillería de Valladolid una demanda por la Santa Iglesia de Santiago contra el Consejo de las ciudades, villas y lugares del Arzobispado de Toledo, del Tajo acá, y los comprendidos en el de Burgos y otros, sobre que todos los vecinos, sin excepción de personas nobles, pagasen a la Iglesia en lo sucesivo de todo lo que labrasen una fanega de trigo u otra semilla.

En virtud de varias sentencias y arreglos se redujo notablemente aquel tributo, quedando sólo el pago de cierta medida del mejor pan y del mejor vino. Sólo producía unos 3.000.000 en la época de las Cortes de Cádiz.

Reinó esta leyenda durante muchos siglos en la mente de los españoles, y ningún nacido en España se hubiera atrevido a ponerla en duda en los períodos más brillantes de nuestra Historia. Mariana, el historiador del Imperio, la adornó con arengas a lo Tito Livio. Vino a negarla rotundamente la hipercrítica de los eruditos del siglo XVIII, representada principalmente por el jesuita Masdeu. Durante las Cortes de Cádiz, la discusión sobre el voto de Santiago hizo que los escépticos afinasen sus argumentos, y así llegó, malparada, a la historiografía liberal del siglo XIX, que no vio en este relato, que había sido uno de los grandes móviles para la grandeza de la Monarquía, sino una invención de clérigos para atraer donativos para su Iglesia. El inventor de la superchería pasó por ser el Arzobispo de las Navas de Tolosa, el gran don Rodrigo Jiménez de Rada, sin tener en cuenta que en un relieve de buen arte del siglo XII que existe en el muro, cerca de la puerta de Platerías de la Catedral compostelana, aparece una escena en que, con absoluta certeza, constan todos los elementos tradicionales: Santiago a caballo, con una bandera en la mano izquierda y una espada en la

diestra, entre un grupo de doncellas que le adoran reverentes. Berceo se refiere al "Voto de Santiago" como a algo que era viejo en su tiempo. Ciertamente que lo breve del reinado de Ramiro y lo alejado que se supone el teatro de la batalla —sobre la cual guardan silencio los cronistas poco posteriores— del pequeño reino asturiano, hacen legítima la duda, a lo menos sobre la localización en el espacio y en el tiempo, del famoso hecho de armas.

Pero la leyenda no nace nunca sin un hecho cierto que adorna luego con fingidos pormenores. La leyenda no crea, sino que se limita a ornamentar con el prestigio de su vana hojarasca. Un relato de tan enorme trascendencia no puede nacer de la pura invención de un clérigo, sino que es preciso un acontecimiento que haya impresionado fuertemente a toda una generación. Es ciertamente extraño que los cronistas casi contemporáneos de Ramiro no mencionen hecho tan importante. Acaso la tradición se fundamente en un suceso posterior. Un siglo después, otro Rey Ramiro —Ramiro II— vencía a otro soberano de Córdoba, llamado también Abderramán; el gran Califa, Comendador de los creyentes. Esta vez no se

trata de un acontecimiento confuso, sino tal vez de la más famosa batalla de la alta Edad Media en España. El Califa, deseando aplastar al naciente poderío leonés, dispone un ejército de cien mil hombres, que se llamó "del poder supremo"; Ramiro II busca desesperadamente ayuda y se concierta con el Conde Fernán González de Castilla y con la valerosa Reina Tota de Navarra. La batalla se da en Simancas, y las tropas califales sufren una tremenda derrota. Ramiro persigue al ejército derrotado y lo deshace completamente en un lugar que los cronistas llaman Alhandega. Muere Nachda, el generalísimo musulmán; Mohamed de Zaragoza, cae prisionero, y el Califa tiene que huir, rodeado de unos cuantos jinetes, único resto del ejército "del poder supremo". El botín fue incalculable, y el hecho es el primero de la reconquista hispánica que tuvo resonancia universal, pues la fama del Califa vencido llegaba hasta el centro de Europa y la consignan las comedias de la monja alemana Roswitha. Comentan la gran victoria de los cristianos Luitprando de Francfort y el monje analista del monasterio suizo de Sant Gall. En el mundo musulmán la recogen el *Ajbar Machmua* e Ibn

Ialdun, y sus ecos llegan hasta Masudi, que escribía en Bagdad sus *Praderas de Oro.*

Es posible que de esta enorme e inesperada victoria se originase la tradición del Santiago Matamoros. Colmenares afirma que después de la batalla la devoción al Apóstol aumentó extraordinariamente en España, y en Simancas hay tradiciones que se refieren a las doncellas del ominoso tributo. Acaso el lugar de la segunda batalla —*al jandec,* o el foso, en lengua árabe— estuviese cerca de algún paraje cuyo nombre haya podido confundirse con Clavijo. Es preciso advertir que el mismo cronista Diego de Colmenares, que escribía en el siglo XVII, pero que utilizó fuentes antiguas, consigna en la batalla de Simancas la aparición del Apóstol Santiago peleando a favor de los cristianos. La leyenda de Clavijo se refiere a un Rey de León, y esta cualidad conviene a Ramiro II y no a su antecesor del mismo nombre. Y es curioso notar que, a consecuencia de la batalla de Simancas, el Conde Fernán González ofreció el "Voto de San Millán" en términos idénticos al discutido "Voto de Santiago".

Otra intervención famosa del Apóstol a favor de los cristianos tuvo lugar en el sitio de

Coimbra por el Emperador leonés Fernando I (1064). He aquí cómo la refieren crónicas y romances. Siete años duraba el cerco de la fortísima ciudad del Mondego cuando llegó desde Grecia a Compostela un piadoso Obispo llamado Astiano. Como oyese decir en España que Santiago solía tomar parte en las batallas, con atuendo militar, el buen Obispo, hombre pacífico, se indignó sobremanera:

Non le digáis caballero;
pescador era llamado.

Pero una noche, como el griego estuviese en vela ante el sepulcro, se le apareció el "Hijo del Trueno" para hacer profesión de Caballería con estas palabras:

Caballero soy de Cristo,
ayudador de cristianos.

Los ángeles le trajeron un caballo blanco y un brillante arnés, y a las pocas horas los cristianos, tan poderosamente reforzados, entraban en Coimbra.

Desde entonces, el grito de guerra de los españoles es una invocación al Apóstol. ¡Dios

ayuda y Santiago! fue la voz de Alfonso VIII en las Navas de Tolosa. ¡Santiago y cierra!, que se transformó luego en "¡Santiago y cierra España!", fue el grito de guerra de los españoles, y la palabra "Santiago" figuraba como pregón guerrero en las armas reales. Los Reyes de Castilla no consideraban a nadie digno de conferirles el honor de la Caballería y se hacían armar caballeros mediante el espaldarazo de una imagen sedente y articulada del monasterio de las Huelgas de Burgos. Los Reyes de España tenían a gala el llamarse alféreces de Santiago. Así escribía en el siglo XII Fernando II de León: "Quien quisiere conservar el Reino de España y dilatalle, este consejo ha de seguir: que procure tener propicio al beatísimo Santiago, cierto y especial patrón de las Españas. Yo Ferdinando, por la misericordia de Dios rey del cetro de León, alférez de Santiago"; y Alfonso el Sabio escribía en su testamento: "Otro sí rogamos a San Clemente, en cuyo día nascimos, y a San Alonso, cuyo nombre habemos, y a Santiago, que es nuestro señor y nuestro padre, cuyos alféreces somos"; y todavía Quevedo osó decir a Felipe IV que su mayor grandeza esta-

ba no en sus timbres reales, sino en su calidad de alférez del Apóstol.

No hay ya batalla de importancia en que los españoles no viesen o creyesen ver a su Caballero galopando por entre las nubes del cielo. Sería o no cierto, pero cierto es e indudable el esfuerzo que este pensamiento ponía en los combatientes en trances apurados. Aun cuando terminada la reconquista España busca para su esfuerzo cauces nuevos, Santiago vuelve a aparecerse en el cielo de las Indias entre las constelaciones nuevas para los ojos de los cristianos. Los portugueses del siglo XVI, que en la veneración al Apóstol, como en todo, se tenían por tan españoles como los castellanos o los aragoneses, recibieron visiblemente la protección celestial paladín en sus empresas y conquistas del extremo oriente.

Y —cosa menos conocida— otros pueblos no hispánicos le llamaron y le tuvieron por ayudador en justas contiendas. Felipe Augusto, Rey de Francia, atribuía a la intervención del hijo del Zebedeo la victoria de Bovines sobre Oton IV de Alemania y el Conde de Flandes (1214). "Por la lanza de Santiago —decía a los prisioneros—, no fui yo quien os hizo cautivos,

sino el Santo Patrón de Lieja, a quien vosotros habéis ofendido." Los suizos le tenían por el defensor de su independencia desde que en 1315 derrotaron a los austríacos en Morgarten, en cuyo lugar edificaron una iglesia en testimonio de gratitud.

X

LA ORDEN Y CABALLERIA DEL SEÑOR SANTIAGO

En la organización del Estado anterior a los Reyes Católicos operan diversas instituciones, autónomas de hecho aunque de derecho reconociesen la supremacía del poder Real. El juego de todas estas entidades poderosas forma la Historia de la Edad Media Española. Si algún monarca o algún ministro consigue aunar sus enormes y diversas energías proponiéndolas un ideal común, pudo conseguir un período de gloria, como los reinados de Fernando el Santo en Castilla o de Jaime el Conquistador en Aragón; si el gobernante no tuvo la fortuna de lograr este concierto, estas fuerzas poderosas —Ordenes Militares, Concejos, Obispados, Señoríos— gastaban su potencia en destrozarse unos a otros en guerras civiles o en banderías

o en volverse contra la Corona, como sucedió en los reinados de Juan II y Enrique IV de Castilla y de Alfonso III de Aragón.

Una de las fuerzas que obran con mayor eficacia en el Estado Castellano-leonés es la Orden y Caballería del Señor Santiago, cuyo poder, influencia y riqueza en la baja Edad Media son incalculables. Es sumamente difícil averiguar su comienzo, pues la Orden de Santiago se ha formado espontáneamente, como tantas cosas, a lo largo del camino de las peregrinaciones, y tuvo diversos cambios de orientación. Parece que su origen más remoto está en una agrupación de hombres valientes y piadosos que tomaron a devoción el defender a los inermes peregrinos de bandoleros y malandrines. Ya hemos visto cuán frecuentes eran tales expoliaciones. En el testamento de San Juan de Ortega se habla de estos hombres sin Dios ni ley que solían asaltar a los romeros *Nocte ac die Jacobipetas interficientes, et multos expoliantes.* Los primeros caballeros de Santiago fueron, pues, caballeros andantes que corrían los caminos en defensa de los débiles y desvalidos. La leyenda remonta la fundación al reinado de Ramiro I; nos dice que los asociados eran trece, en memo-

ria de Cristo y de los doce Apóstoles, y nos da sus nombres: Velasco Arias Noguerol, Gundisino Fernández de Boan, Nuño Pérez de Andrade, Guillermo Gundimaro, Diego López de Lemos, Gonzalo Pérez de Figueroa, Nuño de Biedma, Rodrigo de Bolaños, Ferrando Sánchez de Ulloa, Payo de Rivadeneira, Odoario Osores de Anaya, Adulfo Arias y Hero de Taboada, incompatibles, ciertamente, con fecha tan remota.

En el siglo XII, en el apogeo de las cruzadas, se extienden por Europa las Ordenes militares que los cruzados traen de Oriente, donde se habían formado acaso por influjo de instituciones semejantes que entre los musulmanes existían. Figuran entre las más poderosas la del Temple y la de San Juan de Jerusalem. Los caballeros eran verdaderos monjes, que hacían vida monástica bajo los tres votos de castidad, pobreza y obediencia, pero que tenían por principal misión el combatir en las guerras contra infieles. La profesión monástica daba a estas milicias una disciplina y una eficacia desconocidas en los ejércitos de la época. En España, que tenía su propia cruzada, en la cual el problema religioso se unía al de la reconquista del territorio

y establecimiento de la nacionalidad, el éxito del nuevo sistema hubo de ser inmenso. Otra leyenda, acaso confundida con la que anteriormente hemos narrado, cuenta que doce caballeros aventureros del Reino de León, forajidos al uso de tantos de su tiempo, quisieron enmendar los yerros de su vida estragada y unirse en forma de congregación para defender las tierras cristianas de los insultos de los infieles: la tradición nos da el nombre de su jefe, don Pedro Fernández de Fuente Encalada, que fue el primer Maestre, y de sus compañeros. Los congregados ayudaron a los Reyes de León en la conquista de Extremadura y fueron en esta comarca ricamente heredados, de manera que se les llamaba "freires de Cáceres", donde tenían su cabeza; en 1170 se agregaron a los canónigos regulares de San Agustín, del monasterio de Loyo, profesando su regla, y se hicieron cargo del hospital de San Marcos, que el prior y canónigos de Loyo tenían en León para amparo de los romeros que iban y venían de Santiago. Poco después se les agregaron ciertos caballeros de Avila que habían hecho voto también de consagrar su vida a ensanchar con sus espadas la Cristiandad.

Dícese que el Maestre y caballeros tuvieron una querella con el Rey de León —Fernando II o Alfonso IX—, y en su consecuencia se pasaron a Castilla, donde Alfonso VIII les dio el lugar de Uclés, que fue desde entonces cabeza de la Orden. Lo cierto es que los caballeros, agotadas las posibilidades de la reconquista extremeña, se consagran a la de la Nueva Castilla y Andalucía, donde estaba entonces el punto neurálgico de la guerra. En 1175 el Cardenal Jacinto, Legado de la Santa Sede, recibió en Soria al Maestre y a los caballeros y aprobó su constitución. El mismo Pontífice sancionó la regla por bula de 5 de julio de 1175.

En los tiempos de hierro de la Orden los freires seguían rigurosamente la vida de monjes soldados. Había entre ellos clérigos, pero los más eran seglares, que hacían vida común en los conventos de la Orden. Vestían una túnica talar de estameña blanca y sobre ella el manto, sujeto con cordones sobre el pecho, todo tan amplio, que en el establecimiento del Maestre don Juan Osórez (1310) se previene para el vestuario de cada freire catorce varas de bianquete. Sobre ambas prendas resaltaba el hábito o insignia, que era una cruz de sangre en forma

de espada de hoja ancha y corta, con el testero rematado en forma de punta de lanza y los brazos "florenzados", tal como se ve ya en un sepulcro de Villasirga, del siglo XIII. En el pendón de los Maestres la cruz revestía otra forma: era de brazos iguales, florenzados, y en los cuatro ángulos llevaba sendas conchas o veneras. Estaba prohibido a los freires usar de seda en sus vestidos, ni veneras de oro, ni pieles que no fuesen de cordero.

La Orden tenía como jefe supremo un gran Maestre, que llegó a ser el más poderoso y principal personaje del Reino. Esta dignidad era nombrada, cuando vacaba, por un Consejo de trece Caballeros —instituido en memoria de sus trece fundadores—, cada uno de los cuales tenía un sustituto que se llamaba "Enmienda". Los trece tenían también la facultad de deponer al Maestre que consideraban inútil o dañoso. Después del Maestre, la autoridad principal residía en los priores de los conventos de San Marcos y de Uclés. Como las posesiones de la Orden eran inmensas, con castillos, conventos y cotos, se encomendó cada una de ellas a un caballero principal, que tomó el nombre de Comendador, de los cuales había algunos —Co-

mendadores Mayores— que tenían jurisdicción sobre los demás.

¡Caballeros los de Uclés, freires de la roja espada!
¡Los que entráis en los combates cubiertos de capas [blancas!
¡Caballeros los de Uclés, Santiago va en vuestra [guarda!

Enumerar las batallas en que tomó parte la milicia de Santiago equivaldría a hacer la historia de la Reconquista, no solamente de la encomendada a Castilla, sino la de Aragón y Portugal, donde se dice fue establecida por el Rey don Alfonso Enríquez y continuó bajo la obediencia de Uclés hasta 1290. En 1280 se incorporó a la Orden de Santiago la de Santa María de España, fundada poco antes por Alfonso X, y que tuvo, según afirma Pérez Villaamil, carácter marítimo, pues fue creada para hechos de mar y expediciones navales. De aquí el que los jacobitas poseyesen una flota numerosa, que emplearon en empresas africanas.

No solamente en lides guerreras gastaban los Caballeros sus actividades. Además del coro y de los rezos conventuales se ejercitaban en diversas obras de misericordia. Por mucho tiem-

po continuaron en el oficio de proteger a los peregrinos de Compostela, que eran asistidos en sus hospitales. La Orden de Santiago fue la primera de la Iglesia que se dedicó a la redención de cautivos por instituto y regla, y tuvo, desde sus comienzos, diez casas y grandes rentas consagradas a este piadoso menester.

Los Caballeros de Santiago fueron, además, grandes repobladores, que fundaban pueblos en las tierras que conquistaban, y les daban fueros y cartas pueblas, como hicieron en Uclés, Castrotorafe, Montánchez, Segura de León, Aledo, Totana y otros lugares. Para atraer vecinos en lugares fronterizos, todavía peligrosos, solían conceder comunidad de pastos, nombramiento de alcaldes y exención de tributos a los que mantuviesen caballo o a todos por cierto tiempo. Los clérigos de la Orden estaban obligados a enseñar letras, no sólo a los hijos, sino a las hijas de los Caballeros, algunas de las cuales fue tan culta como doña Beatriz Galindo, llamada "La Latina".

Después de las grandes conquistas de San Fernando, las guerras contra los moros pierden su carácter de gran empresa nacional, y

Castilla queda sin un ideal colectivo hasta que los Reyes Católicos la abren los caminos del mar. Poseía entonces la Orden una gran parte de Castilla la Nueva, de León y de Extremadura, de manera que sus posesiones constituían un estado casi independiente del Estado. Por herencia del reyezuelo moro de Zalé, vino a señorear y a titularse reina en esta ciudad africana. La nobleza comenzó a codiciar los hábitos y, sobre todo, las encomiendas. Para ello obtuvieron dispensa de los votos, y el de castidad quedó limitado a la continencia conyugal, y se les permitió poseer bienes con licencia del Maestre y usar, con el mismo requisito, de vestidos preciosos y de alhajas de oro y pedrería. Los Maestres fueron en adelante los hijos de los grandes señores, y aun los mismos reyes codiciaron para los suyos —bastardos o legítimos— una dignidad que ponía en sus manos enormes recursos. Así Alfonso XI hizo conferir el Maestrazgo a su hijo don Fadrique, a quien no le valió la dignidad maestral para esquivar la cruda muerte que le hizo dar su hermano don Pedro en el alcázar de Sevilla; y el Infante de Antequera, luego Rey de Aragón, a don

Enrique, su hijo, y más tarde lo fue el Infante don Alfonso, hermano de Enrique IV.

La Orden de Santiago era un inmenso cuerpo sin alma cuando los Reyes Católicos incorporaron el Maestrazgo a la Corona. A la muerte del Conde de Paredes —el suceso que motivó el que se escribiesen las *Coplas* de Jorge Manrique— la Reina Isabel se presentó en el convento de Uclés para exigir al Capítulo que pidiese al Papa la administración para el Rey Fernando, y así se hizo. En 1480 los Reyes, para premiar los grandes servicios de don Alonso de Cárdenas, uno de sus primeros y más fieles amigos, consintieron en que fuese elegido Maestre de Santiago; pero le entregaron el pendón de su propia mano, en una ceremonia solemnísima en la Catedral de Toledo, durante la cual Maestre y Caballeros, como en acto de desagravio, fueron procesionalmente a visitar la tumba de don Alvaro de Luna. Poco después, Inocencio III concedió al Rey la administración de los Maestrazgos de las tres Ordenes según fuesen vacando, y a la muerte de Cárdenas (1493), la de Santiago quedó incorporada a la Corona.

Desde entonces la Orden deja de actuar co-

lectivamente y sus bienes y sus recursos no son sino elementos que el Rey maneja a su antojo. Su emblema, la espada roja llamada "el lagarto", se convierte en preciada insignia cortesana que en los retratos del Greco da una elegancia suprema y una fina espiritualidad a los caballeros que la ostentan sobre los tonos sombríos del jubón y el ferreruelo. Pero, aun en este tiempo, ningún otro signo puede ser como éste el exponente de todas las aristocracias hispánicas. Para ponderar este emblema en su valor exacto es conveniente recordar que con él se honraron y se constituyeron en miembros de la milicia del Señor Santiago literatos como el Marqués de Santillana, Jorge Manrique, Garcilaso de la Vega, Alonso de Ercilla, el poeta del Imperio; don Francisco de Quevedo, don Francisco de Rojas, don Pedro Calderón de la Barca; sabios como Arias Montano, Saavedra Fajardo y don Nicolás Antonio; soldados como Gonzalo de Córdoba, el Gran Capitán; Hernán Cortés, Francisco Pizarro, Julián Romero el de las Hazañas y otros innumerables; pintores como don Diego de Silva Velázquez, Ticiano Vecelio (a decir de Palomino) y Juan Caro; escultores como León Leoni y Bac-

cio Bandinelli; gobernantes como don Alvaro de Luna, y aun Santos como San Francisco de Borja y San Luis Gonzaga. Ciertamente, ninguna corporación puede envanecerse de miembros tan ilustres, y es por ello tan acreedora al respeto de la posteridad.

XI

SANTIAGO EN INDIAS

Con la conquista de Granada, en 1492, las Españas consuman su ideal de ocho siglos: el restablecimiento en todas ellas de la Cristiandad. Pero tan enorme caudal acumulado de energías no podía quedar inactivo en el ocio de la victoria, y la Providencia deparó cauces por donde corrieran en aquella hazaña que, según la frase tan citada del cronista Gomara, fue "la mayor cosa después de la creación del Mundo, sacando la encarnación y muerte del que lo crió". La Edad Media española se proyecta de modo gigantesco sobre las tierras nuevas, y en tanto en la Península hay ya otras inquietudes y es otro el cuidado de cada día, en las Indias la raza de los conquistadores invade comarcas, sujeta y repuebla, como los castellanos del siglo XI en Castilla la Nueva y en las Extremaduras; funda ciudades, fortalezas y monasterios y establece una jerarquía social

de tipo militar y un nuevo feudalismo. Como en Castilla, esta organización espontánea choca con el criterio romanista de la Corona, y unos nuevos comuneros: Gonzalo Pizarro, los Contreras, Hernández Girón, repiten en el Perú, en Nicaragua y en Panamá las mismas dramáticas vicisitudes que presenciaron las ciudades castellanas al comenzar el Imperio de Carlos V.

Santiago pasa a las Indias con sus patrocinados de la Península; acaso el caballo blanco del Apóstol galopaba entre las nubes sobre los navíos, muchos de los cuales llevaban su nombre, como la nao "Santiago", que era una de las cinco con que Magallanes descubrió el secreto del continente, o el galeón "Santiago", de la expedición de Loaysa (1526), o el "San Diego", que en 1651 hacía la carrera de Filipinas; y en aquellas espantosas aventuras, bajo el cielo poblado de constelaciones nunca vistas por hombres del viejo continente, continúa la leyenda jacobita iniciada en los valles de Galicia, en los llanos de Castilla y en los montes de León. ¡Santiago! sigue siendo el grito de guerra de los españoles contra indios, como antaño contra moros. En 12 de marzo de 1519, en la acción de Cortés contra los tabasqueños cerca

del río de Grijalba, ésta era la voz de los soldados de Cortés, el cual se vio en grandísimo peligro, casi aprisionado por una ciénaga. "Estuvimos en aquella sazón en grande aprieto —escribe Bernal Díaz, el soldado cronista— hasta que, como digo, salió a tierra y todos nosotros; e luego, con gran osadía, nombrando al Señor Santiago e arremetiendo a ellos, les hicimos retraer." Más adelante, en su marcha inverosímil hacia la misteriosa corte de Moctezuma, en la espantable ocasión en que la pequeña tropa fue asaltada por un ejército innumerable de tlascaltecos, el mismo caudillo dio con el grito de sus mayores la señal de acometida. "Entonces dijo Cortés: Santiago y a ellos, y de hecho arremetimos de manera que les matamos y herimos muchas de sus gentes con los tiros y entre ellos tres capitanes." En la "noche triste" de Cortés, cuando por los puentes rotos caían al agua del lago caballos y caballeros, entre una nube de flechas de los indios, afirma Bernal Díaz que entre las tinieblas daba dolor y espanto oír los clamores "demandando ayuda a nuestra Señora Santa María y a Señor Santiago". "Santiago" fue también el clamor de los españoles en la victoria de Otumba. En la conquista de Gua-

temala, el capitán Luis Marín, viéndose casi perdido, gritó a sus soldados: "Ea, señores, Santiago y a ellos y tornémosles otra vez a romper con ánimo", y se esforzaron de modo que consiguieron una gran victoria. La imagen de Santiago solía figurar en pendones y estandartes: así en el del Virrey Mendoza, que era de damasco carmesí, iba por un lado la imagen de Santiago y por el otro la de Nuestra Señora.

Como en España, innumerables veces los soldados veían o creían ver al Apóstol militante ayudándoles en sus empresas y recibieron de esta visión sobrehumano esfuerzo. Reseñaremos algunas de las ocasiones principales que enumeran los cronistas. Cuenta Francisco López de Gomara que en aquella gran batalla de Cintla, que fue la primera de las que pudiéramos llamar "batallas milagrosas" de Cortés —no parecen ya inverosímiles a un español de hoy, que ha visto cosas semejantes—, el capitán entró en combate invocando, como solía, a Dios, y a Santiago, y a San Pedro, su abogado. En el segundo día de la batalla, y en lo más recio y apurado de ella, vieron los españoles por tres veces un jinete que arremetía a los indios causando en ellos indecible espanto. Cuando,

al cabo, llegó Cortés al lugar del combate, "dijéronle lo que habían visto hacer a uno de caballo, y preguntaron si era de su compañía; y porque dijo que no, porque ninguno dellos había podido venir antes, creyeron que era el Apóstol Santiago, Patrón de España... No pocas gracias dieron nuestros españoles cuando se vieron libres de las flechas y muchedumbre de indios, con quien habían peleado, a nuestro Señor, que milagrosamente los quiso librar; y todos dijeron que vieron por tres veces al del caballo rucio picado pelear en su favor contra los indios, según arriba queda dicho, y que era Santiago, nuestro Patrón. No solamente lo vieron los españoles, mas aun también los indios lo notaron por el estrago que en ellos hacía cada vez que arremetía a su escuadrón, y porque les parescía que les cegaba y entorpescía. De los primeros que se tomaron se supo esto." No fue, sin embargo, tan unánime la versión del milagro como la escribe Gomara, que sin duda la recibió del mismo Cortés, de quien fue capellán. Bernal Díaz, testigo presencial, afirma que no vio aquel día visión alguna. "Digo —escribe ingenuamente— que todas nuestras obras y vitorias son por mano de

Nuestro Señor Jesucristo y que en aquella batalla había para cada uno de nosotros tantos indios, que a puñados de tierra nos cegaran, salvo que la gran misericordia de Dios en todo nos ayudaba; y pudiera ser que los que dice el Gómara fueran los gloriosos Apóstoles Señor Santiago o Señor San Pedro, e yo, como pecador, no fuera digno de verles."

En cambio, el mismo receloso Bernal Díaz da testimonio de otra intervención de Santiago en ocasión aún más famosa. Fue en la batalla de Otumba cuando Cortés y los pocos supervivientes de la pavorosa retirada de Méjico fueron asaltados de la muchedumbre innumerable de los ejércitos de Guatemoc. Nada hay, en la literatura militar de ningún país, que supere las páginas de Bernal Díaz, que, al cabo de tantos años, evocaba el estupor de aquella hazaña. "¡Oh, qué cosa de ver era esta tan temerosa y rompida batalla!... Todos los soldados poníamos grande ánimo para pelear; y esto nuestro Señor Jesucristo y nuestra Señora la Virgen Santa María nos lo ponía, y Señor Santiago, que ciertamente nos ayudaba; y así lo certificó un capitán de Guatemuz, de los que se hallaron en la batalla."

Otro nuevo Imperio, hacia el Sur, estaba esperando a los españoles para que viniesen a incorporarle a la civilización cristiana. Santiago fue con ellos a aquella empresa y les asistió con favores extraordinarios. Muchos de los conquistadores eran de tierra de Extremadura, de aquella región que fue un tiempo conquista y patrimonio de la Orden de Santiago y tenían muy dentro del corazón la devoción al Apóstol. Con la invocación del nombre venerado del amigo de Cristo se inició el primer hecho de armas de la conquista en aquella aventura inverosímil, cuando Francisco Pizarro con sólo cuarenta jinetes y sesenta infantes atravesó los Andes para caer sobre la ciudad de Cajamarca, cerca de la cual estaba el Inca Atahualpa con un ejército en que los soldados se contaban por decenas de millares. Cuando Pizarro dispuso sus hombres en la plaza del pueblo para aquella emboscada atrevidísima contra el Inca, concertó con ellos que la señal del ataque sería el grito de "Santiago". Y, en efecto, con la palabra "Santiago" en la boca, Pizarro, seguido de cuatro hombres, se lanzó sobre la litera del Inca y le tomó de un brazo, en tanto soltaban los tiros de artillería, tocaban las trompetas y acometían

los caballos, de manera que en media hora, a decir del soldado Francisco de Jerez, fue desbaratado un ejército de cuarenta mil indios sin que muriese uno solo de los cristianos, y fue de notar como cosa maravillosa, la furia y brío de los caballos, que el día anterior no se podían mover de cansados y enfermos. Alegrísimo debió de ser el día de Santiago de aquel año de 1533 en que Pizarro repartió entre sus compañeros de aventura los tesoros acumulados por el Inca para su rescate, y correspondió a cada uno de los jinetes ocho mil ochocientos y ochenta pesos de oro y ciento ochenta y un marcos de plata, y a los infantes, cuatro mil cuatrocientos cuarenta pesos de oro y ciento ochenta y un marcos de plata, tal vez el mayor botín que en guerra alguna se haya repartido. Con razón otro soldado cronista, Bernal Díaz, temía que se tuviesen hechos semejantes a éstos por cuentos viejos, historias romanas, ficciones de poetas o invenciones de libros de caballería.

El más grande riesgo en que se vio la conquista fue cuando el Inca Manco consiguió sublevar contra los españoles, todavía tan pocos y tan mal asentados en el Perú y que comenzaban ya a dividirse en bandos, a toda la

grey inmensa de los indios, avergonzada de haber sido tan fácilmente vencida. Una muchedumbre incontable puso cerco al Cuzco, donde estaban los hermanos del Marqués, Juan (que murió de una pedrada), Hernando y Gonzalo, y sujetó casi toda la tierra poniendo en situación casi desesperada al mismo Marqués en Lima. Duró el cerco del Cuzco ocho meses, y los españoles se defendieron de los constantes asaltos, sin quitar las armas de noche ni de día y sin esperar ya socorro de la tierra. Pero les dio esfuerzo y constancia el que muchos creyeron ver sobre el cielo de la ciudad de los Incas al Apóstol Santiago blandiendo su flamígera espada y cabalgando en su corcel de nieve. Según el cronista Pedro Cieza de León, los mismos indios afirmaban "que vían algunas veces, cuando andaban peleando con los españoles, que junto a ellos andaba una figura celestial que en ellos hacía gran daño, y vieron los cristianos que los indios pusieron fuego a la ciudad, el cual ardió por muchas partes, y emprendiendo en la iglesia, que era lo que deseaban los indios ver deshecho, tres veces la encendieron y otras tantas se apagó de suyo".

De aquí que la devoción al Apóstol estuviese

en las Indias tan extendida que ninguna otra pueda competir con ella, si no es la de Santa María, Nuestra Señora. Sería bien largo el enumerar las ciudades, pueblos, misiones y parroquias del Nuevo Mundo que llevan el nombre de Santiago. Hay entre ellos la capital de un Estado: Santiago de Chile. En la isla de Santo Domingo, la primera colonizada, hay un Santiago de los Caballeros, en el cual quedan curiosos vestigios de arquitectura mudéjar, y Santiago de la Vega. En el *Memorial y noticias sacras y reales del Imperio de las Indias occidentales,* de Juan Díaz de la Calle (1646), se citan Santiago de Cuba, Santiago de León (Venezuela), otro Santiago en Méjico, Santiago de Cinaloa, Santiago de León (Nicaragua) y Santiago de Calimaya, como poblaciones importantes, a más de una Compostela cerca de Tepic, al norte de Méjico. En 1537 Francisco de Orellana ponía los fundamentos de Santiago de Guayaquil; hacia 1552 Juan Núñez de Prado poblaba Santiago del Estero. Santiago Tatlelulco era un arrabal de Méjico; a Santiago estaba consagrada una de las parroquias de la villa imperial de Potosí...

La fiesta de Santiago era celebrada por es-

pañoles e indios con singulares ceremonias y regocijos. Bernal Díaz del Castillo nos cuenta que en su tiempo solían acudir en tal día a las ciudades los caciques principales, muy acompañados de sus pajes y criados, a correr toros o jugar cañas o sortija. Alvar Núñez Cabeza de Vaca cuenta en sus *Naufragios* que como llegase, después de sus peregrinaciones, a Méjico la antevíspera de Santiago, fue muy agasajado del Visorrey, y el día de Santiago se hizo gran fiesta y juegos de cañas y toros.

Santiago, el caballero de las Españas, protegió también en sus empresas ultramarinas a los portugueses, en un tiempo en que se enorgullecían de llamarse españoles, cuando Camoëns consideraba a los lusitanos como

Huma gente fortissima de Espanha,

a la cual en otro verso de *Os Lusiadas* llama "Nossa Hesperia". También el culto al Apóstol era intenso en Portugal, sobre todo en la Archidiócesis de Braga, que se llama "Primada de las Españas" y está llena de recuerdos jacobitas y en la pequeña monarquía atlántica florecía la Orden de Santiago. Nada de extraño tiene que el patrocinio del defensor de Hespe-

ria siguiese a los lusos en aquellas legendarias aventuras que les hicieron señores de las rutas y de los tesoros de Oriente. He aquí cómo reseña don Francisco de Quevedo la aparición de Santiago en la Toma de Goa:

"El Padre Juan Pedro Maffeo, insigne historiador de la Compañía de Jesús, en el fin del libro cuarto de su *Historia de las Indias Orientales,* dice, hablando de que la Cruz ayudaba a los portugueses en la toma de Goa, que no sólo a la Cruz se atribuye la victoria, sino al Apóstol Santiago, que es el presidente de los españoles. Y refiere que los indios preguntaban quién era aquel insigne capitán de la cruz roja y armas resplandecientes, que hacía que pocos cristianos venciesen a innumerables moros; y aquel glorioso general Alburquerque, por no mostrarse desconocido a Santiago, envió a Lisboa unos bordones y veneras de oro y perlas y rubíes, por ser las armas del Santo Apóstol; y (en el libro 12) preguntaban quién era un Jacobo los moros de la India, y que respondió Payba que era Santiago: *In ejus tutela, et patrocinio Hispanos latere universos.*"

XII

LA HUELLA DEL APOSTOL

En la cultura española la huella jacobita es tan honda que apenas hay aspecto de ella que pueda ser bien conocido sin que sobre él se proyecte la sombra ingente del Apóstol de las Españas. Aparece en nuestra más vieja literatura: el nombre del Apóstol salta con frecuencia en los poemas del ciclo del Cid, y unos versos de Gonzalo de Berceo nos demuestran que ya en su tiempo era vieja la creencia en el voto de Santiago, que enciclopedistas y liberales creían invención del Arzobispo Jiménez de Rada. En ellos, la rivalidad entre León y Castilla se concentra en torno de Santiago y de San Millán, cuya vida glosa el poeta:

> Pero abrir vos quiero todo mi corazón:
> querría que ficiéssemos otra promissión
> mandar a Sant Millán nos atal función,
> cual manda al Apóstol el Rey de León.

En el romancero se recoge también la leyenda de Clavijo: en el *Romancero general* de 1604 se inserta un romance viejo del cual son estos versos:

Alborotáronse algunos,
y el Rey, corrido y suspenso,
determinó de morir
o de libertar su Reino.
Juntó su gente de guerra,
y prestándoles su esfuerzo
el glorioso Santiago,
dio la batalla y vencieron.

En la literatura del Siglo de Oro las referencias serían innumerables. Entresaco algunas de las que me brinda la gentileza de Joaquín de Entrambasaguas, maestro en estas búsquedas: en el poema de Pedro de la Vezilla Castellanos titulado *Primera y segunda parte del León de España* (Salamanca, 1586) se relata en versos, no ciertamente de amena lectura, la batalla de Clavijo. En Cervantes hay una descripción del Apóstol caballero, según la versión hispánica, en el capítulo del *Quijote* en el cual se describe el encuentro del héroe con unos campesinos que llevaban a su pueblo las tallas de un retablo. "Riose Don Quijote y pidió que

quitasen otro lienzo, debajo del cual se descubrió la imagen del Patrón de las Españas a caballo, la espada ensangrentada, atropellando moros y pisando cabezas, y en viéndola dijo Don Quijote:

—Este sí que es caballero y de las escuadras de Cristo; éste se llama Don San Diego Matamoros, uno de los más valientes santos y caballeros que tuvo el mundo y tiene agora el Cielo."

Entre la fronda del teatro barroco queda una verdadera profusión de temas jacobitas. Hay dos comedias de Lope: *Las doncellas de Simancas* y *Las famosas asturianas*; una de Mira de Mescua, *Desgracia del Rey don Alfonso el Casto*. De Antonio de Zamora es *Quitar de España con honra el feudo de cien doncellas*; de Cubillo de Aragón, *El rayo de Andalucía y genízaro de España*; de Jiménez de Villanueva, *Cumplir la jura y quitar el feudo de cien doncellas*; de Luis de Guzmán, *El blasón de don Ramiro*; de Herrera y Ribera, *El voto de Santiago y batalla de Clavijo*. He aquí algunas muestras de esta literatura dramática inspirada en las gestas del Apóstol. Imaginemos el entusiasmo de un auditorio formado en gran parte por veteranos de Flandes o de Italia cuando

oyesen gritar sobre la escena estos versos de *Las famosas asturianas,* de Lope:

—¿Qué importa que nos degüelle?
Ende más que Dios fará
y el su Apóstol, que defiende
este rincón donde yace,
que Alfonso su furia temple.
—¡Oh valerosa asturiana!
Su vida el Cielo me ofrece,
yo te pagaré el valor.
¡Santiago!
—¡Osorio, acomete!
¡Santiago!
... ...
—¡Aquí, Mahoma, aquí!
—Y aquí Santiago.

El Santiago Matamoros, que cabalga entre la fronda dorada de los retablos churriguerescos, fulgura también entre los versos barrocos de *El Rayo de Andalucía,* de Cubillo de Aragón, cuyo asunto está inspirado en la leyenda de Clavijo. En la primera jornada de la primera parte, uno de los personajes refiere así el origen del tributo de las cien doncellas:

Ya sabéis que el injusto Mauregato
con el moro de Córdoba, atrevido,
hizo el bastardo y vergonzoso trato
que tanto vuestro honor tiene ofendido.

Cien doncellas (¡qué bárbaro contrato!)
le tributó cada año, y consentido
fue servicio tan vil, con fuerte nudo
por D. Alonso el Casto y D. Bermudo.

En la jornada segunda (primera parte) se describe así la aparición del Apóstol a Ramiro I:

REY

Quién decir supiera
con estilo que a todos persuadiera,
sin seros más prolijo,
el sucesso del monte de Clavijo.
... ...
En mi tienda esta noche,
quando rondaba el tachonado coche
con ruedas de diamantes,
fixas al bien, y a la desdicha errantes,
me habló con cariño y con halago
el Apóstol Santiago.
No temas (dixo) ni afligido llores
por ver a tus contrarios vencedores:
Ramiro, Dios te ampara; en El confía,
que en tu favor me envía
desde el Empíreo donde eterno asiste,
para que venzas, si vencido fuiste.
Mañana estos millares de enemigos
serán de esta verdad ciertos testigos:
su poder no te asombre,
que invocando mi nombre
me verás a caballo entre tu gente,
con roja espada y peto refulgente,
desbaratando en piezas

esse esquadrón de bárbaras cabezas.
Acomete animoso,
no temas su concurso numeroso,
que ya el Poder Divino
las armas, gente y ocasión previno:
y a mí para esta hazaña,
porque me llame su Patrón de España
dixo; y en luz envuelto,
con la madeja del cabello suelto
que en ondas esparcía
siendo la noche emulación del día,
giros al sol ofrece,
y a mi vista incapaz desaparece.
... ...
... ... acometer al enemigo,
y hacer en su poder mortal estrago
con el favor de Dios y de Santiago.
... ...

Cierra España y Santiago.
Publíquese esta gloria:
del Apóstol Santiago es la victoria;
yo le vi pelear, yo soy testigo.
A sus pies vi postrado al enemigo.
De su brazo valiente es el estrago:
victoria por España. Santiago.

Y en la parte segunda de la segunda jornada se lee:

Día del Apóstol Santo,
a cuya espada y venera
debéis la mayor victoria.
Día, al fin, de Santiago,
aquel de la cruz bermeja,
que en el caballo de nieve
de muy soldado se precia.

Así, pues, el grito "Santiago" era casi tan repetido en los escenarios como en los campos de batalla, y con él se socorrían en sus apuros tanto los autores dramáticos como los soldados.

Ambrosio de Morales describió en excelente prosa los parajes donde se desarrolla la gesta hispánica del Apóstol, que recoge en su sazonado castellano del 1600 el Padre Juan de Mariana.

Escritor jacobita por excelencia es don Francisco de Quevedo, en cuya obra las páginas ascéticas son de más subido valor que los donaires por los que es conocido del vulgo. Como, en el primer cuarto del siglo XVII, los Carmelitas lograsen formar ambiente por que fuese copatrona de España Santa Teresa de Jesús, recientemente canonizada, y las Cortes del Reino diesen luego su beneplácito a esta idea, que encontró en Roma favorable acogida, Quevedo, como caballero de la Orden, se creyó en el deber de acudir a la palestra en defensa del exclusivo patrocinio del Apóstol. Lo hizo (en el memorial escrito en 1627) con aquella gala de erudición, aquella furia polémica y aquel desembarazo tan propios de su carácter. No deja argumento por resolver ni omite nada para su-

gestionar el ánimo del Rey Felipe IV. "Son las Españas —escribe— bienes castrenses, ganados en la guerra por Santiago; y las leyes que amparan en ellas a cualquier soldado particular, ¿perderán su fuerza en este general y caudillo, a quien nos debemos todos por compra, a quien somos deudores de la libertad, y la fe de lo humano y de lo divino? Vos, señor, le debéis las coronas que ya ceñís multiplicadas; los procuradores de Cortes, el Reino, en que son tribunal; los templos no ser mezquitas, las ciudades no ser abominación, la república y santo gobierno no ser tiranía, las almas no ser mahometanas ni idólatras, las vidas no ser esclavas, las doncellas no ser tributo." Parece como si el nombre del Apóstol militante fuese también grito de guerra en incruentas batallas entre eruditos y teólogos, no estériles ciertamente para nuestra cultura. Recordemos las promovidas hacia el 1600 por el escepticismo del Cardenal Baronio y los escarceos entre historiadores del siglo XVIII y los debates de las Cortes de Cádiz sobre el "Voto de Santiago".

No es fácil describir ni aun los principales entre los edificios magníficos levantados por España a la devoción de su Evangelizador. En

los rudimentos de aquella arquitectura hispánica que llamamos mozárabe, tan preñada de geniales atisbos y de anárquicas soluciones, está en tierra de León la iglesia de Santiago de Peñalba (937), con su extraña planta y singular alzado. En lo románico se ha de mencionar siquiera la Santa, Metropolitana y Apostólica Basílica de Santiago de Compostela, uno de los más insignes templos de la Cristiandad, el único en España en que el románico se desarrolla en toda su amplitud. Preciso es nombrar, en lo mudéjar, a Santiago del Arrabal y a las Comendadoras de Toledo; en lo gótico, la Capilla del Condestable, en la catedral toledana, con su arquitectura militar y su cimborrio en forma de castillo; Santiago de Villena, con sus columnas torsas al estilo isabelino; Santiago de Orihuela, de majestuosa fábrica. En la exuberancia del plateresco los cinceles hispánicos cantan las glorias del Apóstol en el convento de San Marcos, de León, en el de Sancti Spíritus, de Salamanca, en la parte más vieja del de Uclés. El triunfo barroco de la fachada del Obradoiro, en Compostela, fue erigido a la gloria del humilde compañero de Jesús, como también las

fábricas, más severas, de las Comendadoras de Madrid y de Granada.

En la escultura románica, Santiago se presenta a la veneración de los fieles en "Majestad", sentado en su escabel, como en aquella imagen admirable del maestro Mateo en el parteluz del pórtico de la Gloria, sin rival en la estatuaria europea del siglo XII, y en la que se venera en el altar mayor de la misma basílica, o de pie, como peregrino, en diversas iglesias. Esta versión del peregrino prevalece en la imaginería gótica en toda España. La representación ecuestre de Santiago militante es muy vieja, pues aparece ya en la Catedral compostelana en el siglo XII, pero no se hace general hasta los siglos XV y XVI; recordemos la gran imagen de la Capilla del Condestable, en Toledo, y el retablo de Alonso de Berruguete en Cáceres. En lo barroco, la figuración ecuestre es casi exclusiva, con gran aparato de banderas flameantes entre nubes y moros fugitivos o muertos.

Los pintores de retablos buscan frecuentemente asuntos para sus tableros en los sucesos de la historia y de la leyenda del "Hijo del Trueno". Generalmente, se figuran las escenas

de la vocación y del martirio, de la navegación milagrosa y del traslado en el carro de bueyes de la Reina Lupa. Algunas de estas escenas se ven en los vestigios del retablo que pintó en el siglo XV Nicolás Francés para la Catedral de León y en tablas de la escuela de los Serra en Cataluña. En el centro solía representarse la efigie de Santiago peregrino o combatiente. Uno de los más interesantes primitivos portugueses, el "Maestro de Pelay Pérez Correa", se consagró principalmente a temas jacobitas.

Los pintores escurialenses Navarrete *el Mudo* y Alonso Herrera dejaron en El Escorial y en Segovia su homenaje pictórico al Santo Patrón. Repetidas veces reprodujo el Greco la figura de éste en los diversos apostolados que se conservan de su mano, y puede identificarse con el Apóstol el Santo armado que sostiene al orante en el maravilloso retrato de Julián Romero. En el más bello barroquismo, en un prodigioso alarde de composición, Lucas Jordán pintó el gran lienzo de las Comendadoras de Santiago, de Madrid, con la escena de Clavijo; en cambio, los pintores del ciclo de Goya, en el Pilar de Zaragoza, lo representan postrado

humildemente ante Nuestra Señora, a orillas del Ebro.

Es, sobre todo, en las artes industriales donde la influencia jacobita es más notable. Desde los comienzos de las peregrinaciones, los romeros solían proveerse en Compostela de objetos relacionados con el Apóstol, y singularmente de veneras en oro, plata, latón, estaño o plomo. En el siglo XII eran ciento las tiendas de *concheros* que había en la ciudad, de ellas 28 de la Iglesia y 72 de orfebres particulares. En 1207 el Papa Inocencio III prohibió, bajo pena de excomunión, la venta de este género de insignias que no fuesen fabricadas en Santiago —en las Cofradías del Apóstol establecidas en toda Europa se exigía la presentación del emblema como prueba de la peregrinación—, y esto acrecería enormemente la industria. Los orfebres santiagueses vinieron a ser habilísimos. Una vieja tradición cuenta que dos ángeles, con apariencia de peregrinos de Santiago, labraron la "Cruz de los Angeles" para Alfonso II. Mira de Amescua la recoge en su *Desgracia del Rey Don Alfonso el Casto*. El Rey dice a los misteriosos viajeros:

Hacer pretendo
una cruz de valor y de artificio
que aquí en Oviedo, donde ahora estamos,
honre los templos y las almas guarde:
pues que dezís los dos que soys plateros
peregrinos devotos de Santiago,
estas piedras tomad y todo el oro
que necesario fuere...

La más típica industria compostelana es la de la azabachería, pues en virtud de ciertas propiedades maravillosas que se atribuían al azabache, los objetos fabricados en esta materia eran muy buscados; en el siglo XV suele representarse al Apóstol en traje de peregrino; en las centurias siguientes predomina el Santiago caballero. Es un arte popular, rudo y vigoroso, al cual da singular belleza la calidad de la materia. La medallería compostelana, sobre todo en la época barroca, es copiosísima en troqueles, cuyos productos solían engastarse en ricas filigranas.

Para la Catedral de Santiago y otras iglesias consagradas al culto del Apóstol se tejieron y bordaron maravillosos ornamentos con sus emblemas.

EPILOGO

Al llegar al final de nuestro trabajo nos damos cuenta de que son él poquísimas las páginas destinadas a la biografía del Apóstol y muchas, en comparación, las que hemos consagrado a exponer su repercusión legendaria, de tan grande influjo en la Historia de España.

Es preciso que hagamos notar la relación que secretos designios providenciales establecieron entre una y otra parte de los hechos que integran el relato precedente, pues alguno pudiera extrañarse, como aquel Obispo griego de la leyenda de Coimbra, de esta sigular metamorfosis, en el ciclo claro de las Españas, para la cual el pacífico pescador de Galilea, compañero de Cristo que mansamente dio su vida por confesar su doctrina, se trueca en el brillante paladín, armado de todas armas como un Amadís

o un Roldán, que flagela con su espada invencible a los enemigos caídos sobre los cuales galopa su caballo blanco.

Es que, sin duda, en el Cielo tienen una realización maravillosa aquellos ensueños de nuestra juventud que sacrificamos por un más alto ideal. Allí los pobres y mortificados ascetas refulgirán como príncipes en el esplendor de su triunfo, y las humildes novicias que sepultaron su mocedad en la sombra de los claustros ceñirán sobre sus frentes diademas imperiales de gloria eterna. Allí la suprema sabiduría será concedida a los que se hicieron simples como niños, y la más pura belleza, a los que el mundo despreciaba como su escoria.

Sin duda, aquel mancebo hijo del Zebedeo, pescador en el lago de Tiberiades; el que en una tarde dichosa abandonó las redes y las barcas de su padre para seguir a Cristo, abrigaba, en su corazón generoso, grandes anhelos de gloria humana. El se imaginaba al Mesías, como todos sus convecinos, como un guerrero invencible que humillaría la cerviz de los enemigos de Israel y querría tener un lugar destacado en la corte del Rey triunfador. Así lo demuestra la misma petición de su madre al Maestro, cuan-

do pedía para sus hijos los principales puestos de su reinado.

Poco a poco, en los meses de convivencia con el Rabbí, Jacobo aprendió la dura y áspera enseñanza de la renunciación suprema. No se trataba de brillar en los alcázares, sino de ser pobre y miserable, perseguido por los poderosos del mundo, y coronar las jornadas de fatigas y de oprobios con una muerte infamante. Santiago aceptó todo ello y apuró hasta las heces el cáliz que, en su entusiasmo juvenil, se había ofrecido a beber.

El Señor concede, a los que buscan sólo el Reino de Dios y su Justicia, espléndidas añadiduras. Si el joven galileo soñó alguna vez, sentado a la orilla del mar, con batallas y trofeos militares, sabed que ningún conquistador de la tierra, ni Alejandro ni César, ha igualado su gloria. Invocando su nombre entraron en batalla poderosos ejércitos: los de Carlos V, el grande Emperador; los de Felipe II, señor de la más extensa Monarquía que ha conocido el orbe. Milicias innumerables lo vieron cabalgar a su frente para conducirles a la victoria. En su honor se elevan, en todos los continentes, millares de templos y en ellos figura su efigie,

ceñida con resplandeciente armadura, como la del Señor San Jorge o el Arcángel San Miguel. Más ciudades llevan su nombre que el de Octavio Augusto, y con él se honraron reyes, infantes y caballeros.

España, que recibió de él la semilla evangélica y presenció sus humillaciones y sus fatigas, fue testigo y vocera de tanta gloria. Santiago, su Patrono, su amparador en los riesgos, sigue siendo su vigilante centinela por todos los siglos.

Defensor almae Hispaniae Jacobe,
vindex hostium.

APENDICE

LAS POLEMICAS SOBRE SANTIAGO

No solamente el grito de Santiago resonó en las batallas entre moros y cristianos, indios y españoles, sino en las contiendas, no por incruentas menos enconadas, entre teólogos, historiadores y eruditos, de algunas de las cuales hemos hecho mención en el texto. En el siglo XVI, cuando la tradición jacobita llevaba muchos siglos de ser indiscutida, no sólo en España, sino en el mundo entero, vino a ponerla en tela de juicio el Arzobispo de Toledo D. García de Loaysa, el cual, al recopilar en un tratado cuantos argumentos halló a mano para demostrar la primacía de la Iglesia toledana, publicó una escritura referente al Concilio Lateranense, convocado por Inocencio III, en la cual se negaba la venida a España del Apóstol, afirmando que, si se le dio postestad para predicar en Es-

paña, fue degollado antes de que pudiese emprender el viaje. Es de tener en cuenta que estas polémicas nunca fueron promovidas por puro amor a la verdad, sino que en su origen siempre se encuentra una ambición o un sectarismo.

Adquirió crédito noticia tan dudosa, más que en España, entre los extranjeros, entonces recelosos de la fortaleza del Imperio. Así el Cardenal Baronio procuró que en la nueva edición del *Breviario* de San Pío V se suprimiese o se modificase el texto que establecía como cierta la predicación en España del "Hijo del Trueno". Puede suponerse cuál sería la polvareda que la novedad originase en aquella España que en la tradición venerable encontraba el nervio de toda su historia. Intervino Felipe II, por medio de su Embajador el Duque de Feria; pero hasta el pontificado de Urbano VIII no se consiguió un dictamen favorable al sentir de los españoles.

Poco después, en 1617, surgió la pretensión de los Carmelitas descalzos de que Santa Teresa de Jesús fuese declarada co-Patrona de España, anhelo que fue recogido por las Cortes del Reino. Felipe III y el Consejo de Castilla dirigie-

ron, año de 1620, cartas a Prelados y Cabildos ordenando que se celebrase la fiesta de la Santa de Avila con solemnidad como de Patrona. De aquí una polémica que resolvió el Papa (Urbano VIII) en 1630 ordenando que se considerase a Santiago como a único Patrón. En esta polémica intervino, con varios escritos, llenos de pasión y de ciencia teológica e histórica, el formidable polemista D. Francisco de Quevedo. Arremetió contra él el sevillano Mozovelli, con el cual contendieron diversos escritores, hasta que con los años y las nuevas preocupaciones se fue alejando el barullo de la contienda.

Aún vuelve a sonar el clarín de guerra, convocando esta vez a los historiadores en torno de la batalla de Clavijo y del voto de Santiago. Fue el principal adversario de la tradición ramirense el sabio Jesuita P. Juan Francisco Masdeu en su *Historia crítica de España y de la cultura española* (1787-1809). Llevado de su furioso criticismo, reacción contra la credulidad de hagiógrafos y genealogistas, el implacable jesuita arremetió contra el diploma de establecimiento del voto llamándole "libelo infamatorio de toda la nación, digno por lo mismo de eternas llamas". Para Masdeu, la batalla, el mi-

lagro y el voto fueron invención de los Benedictinos franceses, que en los siglos XI y XII fundaron en España tantos monasterios, y a los cuales atribuye piadosas mixtificaciones. Las atrevidas afirmaciones del erudito levantaron ingente polvareda. Uno de sus contradictores afirmaba que su escepticismo "ofendía a la nación entera, que siempre ha mirado este documento como el monumento más sublime de su gratitud y reconocimiento al Apóstol Santiago", y acusa al historiador de adversario de la creencia en el patrocinio del Apóstol y de despreciador de las dos potestades: Real y Pontificia.

Eco de esta polémica fue la discusión sobre el voto de Santiago en las Cortes de Cádiz. Setenta y seis diputados presentaron la propuesta de supresión de la secular ofrenda, que originó un vivísimo debate en el cual la historia y la tradición fueron atacadas y defendidas con tanto exceso de brío como carencia de crítica. Acaso el diputado que se expresó con mayor ecuanimidad fue D. Simón López, el cual se opuso a que se discutiese este asunto, alegando que solamente un Tribunal y no una Asamblea podía emitir dictamen sobre la falsedad o legi-

timidad de un título fundado en concesiones reales. Los liberales, que atacaron la más venerada tradición española con argumentos de tipo enciclopedista, no brillaron en este debate por su erudición ni por su elocuencia. Llevado el asunto a votación nominal, las Cortes declararon que "abolían la carga conocida en varias provincias de España con el nombre de voto de Santiago". Una nueva época de la Historia de España se iniciaba aquel día. Ya el grito de "¡Santiago!" no se oyó en las batallas que aún tuvieron que reñir los españoles. Comienza la gran almoneda de valores espirituales y de territorios. Se pierden para España los virreinatos de América y, en los últimos años del siglo, los últimos jirones de un Imperio que se había comenzado a congregar bajo los auspicios del Apóstol.

FIN

Princeton Theological Seminary Libraries
1 1012 01393 3165

Precio: 60 pesetas